
foundation Hispanic


THE LIBRARY OF CONGRESS
1800

ADMINISTRACION

LÍRICO-DRAMÁTICA.

HERODES.

DRAMA BÍBLICO EN CINCO ACTOS Y EN VERSO,

DE

D. RAMON FRANQUELO Y MARTINEZ.

SEGUNDA EDICION.

MÁLAGA.

Correo de Andalucia.

1872.

2

Al distinguido actor D. Donato Jimenez, Su affmo.
R. Franquelo

HERODES.

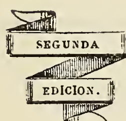
HERODES.

DRAMA BÍBLICO EN CINCO ACTOS,

ESCRITO EN VERSO

POR

D. Ramon Franquelo y Martinez.



MÁLAGA.

Correo de Andalucia.

1872.

Á LA INOLVIDABLE MEMORIA

DEL VIRTUOSO ANCIANO

D. NARCISO FRANQUELO Y SOLERO,

COMO RECUERDO INDELEBLE DE RESPETO Y CARIÑO,

de su hijo

RAMON.

Hace diez años y muy fresco todavia un tristísimo suceso de familia, improvisé casi este drama y lo dí al estinguido teatro del Príncipe Alfonso.

Quizá debido à mis leales y francas esplicaciones, lo acogió el público con una indulgencia que todavía no he agradecido bastante; pero sobre la escena conocí los gravísimos defectos de que adolecía.

Desde entonces medito sin cesar su refundicion; pero me he convencido al cabo que es mucho mas fácil hacer de nuevo que reformar y mejorar lo malo.

Por eso me he limitado á reducir su accion á cinco actos, variar algunas escenas y diálogos, y de este modo será menos enojoso y acabará mas pronto lo que carece de mérito y condiciones de impresion y agradable entretenimiento.

Asi es que reproduzco íntegras hoy las palabras y sínceras protestas con que en 1862 hice la historia de esta obra, solicitando la inagotable benevolencia del público.

«Mi intencion—dije entonces,—es manifestar de una vez para siempre que no tengo pretensiones con este drama; que no queriendo hacer unos COLOQUIOS, se encontrarán en él, sin embargo, algunos episodios de estos y reminiscencias tal vez de otras comedias consagradas al propio asunto, porque lo que se funda en unos mismos hechos y en una tradicion misma, por fuerza ha de tener parecido: conste, no obstante, que si he imitado no he querido imitar, y que deseando solo delinear la INMORTAL figura de Herodes I, de ese hombre DE PASIONES Y TORMENTAS Y DE INSTINTO DE TIGRE, QUE ENMEDIO DE SUS ACTOS DE VIOLENCIA ESPERIMENTABA LA NECESIDAD DE SER AMADO, como dice Orsini, me he atenido con preferencia á la HISTORIA DE MARIA, MADRE DE DIOS, escrita por este abate, con una vasta riqueza de eruditas notas que han servido admirablemente á mi propósito.»

Así lo escribí en aquella memorable época, y así lo repito hoy con igual franqueza y el propio sentimiento.

Noviembre de 1872.

R. Franquelo.

Voz fué oida en Ramá, lloro y mucho lamento: Rachél llorando sus hijos, y no quiso ser consolada, porque no son.

(JEREMIAS.—Citado en el Evangelio de San Matheo, cap. II, vers. 18.)

Herodes extrangero, invadió el Reino, violó el sacerdocio, confundió el órden, cambió las costumbres, despreció los ancianos, inficionó á los jóvenes. trastornó las tribus, abolió los distintivos, corrompió los linages y arrancó hasta los fundamentos de toda disciplina divina y humana.

(SAN PEDRO CRISÓLOGO.)

Para invocar el nombre de Dios se emplean en este drama, además del ya dicho, los hebreos de Jehováh, Jehon, Adonái y Ehyéh.

Tambien se citan monedas de aquella época como el as, sestercio, talento, etc.

Siempre que se dice derecha é izquierda, entiéndase la del actor.

Todos los versos que van indicados con esta señal * deben suprimirse en la representacion.

PERSONAGES.	ACTORES.
RAQUEL.	D.ª DOLORES BAENA.
REBECA.	D.ª LUISA MORILLA.
ESTHER.	D.ª CÁRMEN GENOVÉS.
MARIA.	D.ª JUANA MONDÉJAR.
SOBÉ.	D.ª OCTAVIA RUBIO.
HERODES—el Grande. . .	D. RAFAEL CALVO.
ALEJAS, su hermano político y favorito. . .	D. RICARDO GUERRA.
JUSEPE, pastor.	D. JOSÉ SANCHEZ ALBARRÁN.
JACOB, id.	D. DONATO GIMENEZ.
ISAC, rabadan.	D. RICARDO CALVO.
HEMOR, gefe de la guardia de Herodes.	D. JOSÉ CALVO.
GASPAR,—60 años,—mago y astrólogo de la Mesopotamia.	D. MANUEL GONZALEZ.
BALTASAR,—40 años,—id. id. de la Arabia feliz. .	D. JOSÉ R. CAPILLA.
MELCHOR,—20 años,—id. id. de Persia. . . .	D. ROMUALDO ROMERO.
MUGER 1.ª	D.ª ANGELA CAÑETE.
MUGER 2.ª	D.ª ADELINA RUBIO.
UN ÁNGEL.	D. EDUARDO CASTILLO.

Adan, Eva, Noé, Patriarcas, Profetas, mugeres, niños, ángeles, centuriones, doctores, israelitas, romanos, etiopes, tracios, germanos, esclavos y pastores de ambos sexos, ninfas, levitas, persas, árabes, pueblo etc.

—

NOTA.—Gaspar, venerable anciano de blanco y largo cabello, barba prolija; viste amarillo, sobre-todo nacarado y calzado violeta,—sandalias;—capucha blanca ceñida á la cabeza, con corona encima.

Baltasar, barba cerrada, color cobrizo (no negro); viste de rojo, con adornos blancos, calzado amarillo de sandalias, turbante pequeño de varios colores, con corona id.

Melchor viste túnica azul, sobre-todo de color de miel. calzado azul,—sandalias,—matizado en blanco; capucha de dos colores ceñída, con corona id.

Los tres ciñen magníficos cinturones y BAZUBENDS ó brazaletes por encima del codo, llenos de piedras preciosas.

ACTO PRIMERO.

Valle de la Torre de Eder en las cercanías y al norte de Bethlen: forma en el fondo dos colinas á derecha é izquierda, de modo que el centro es una cañada donde se vé un arroyo de agua helada, cuya cinta baja á perderse entre bastidores: en lo alto de la colina derecha una torre corpórea de la época, medio destruida, y en ambas, árboles, cepas, arbustos diversos, todo despojado de sus hojas y cubierto de nieve: enmedio de la colina de la izquierda una planicie circular al lado de la cual hay una palmera, cuyas ramas caen sobre la planicie: colgadas del árbol varias pieles y al lado un cobertizo pequeño de ramas, como para guarecerse de la intemperie: la parte primera dél escenario forma una gran esplanada con árboles, tambien deshojados y cubiertos de nieve, asi como el terreno y tejado de una cabaña rústica que avanza fuera á la izquierda un tanto proporcional, con ventana y puerta practicables: arriba y abajo y formando grupos en distintos puntos carneros y ovejas entrelazados y durmiendo: es de noche.

ESCENA I.

Antes de levantarse el telon habrá comenzado por la orquesta un nocturno, obligado de tamboril y flauta, el cual termina al levantarse el telon: en seguida se oye muy á lo lejos el siguiente CORO, acompañado de flautas y otros instrumentos análogos.

CORO.

Que duerman los pastores
y duerman las zagalas
y callen los carneros
durmiendo en el redil:

Que alegres por el campo
daremos á la noche
en plácidos cantares
el gozo juvenil.

(Apenas comenzado el coro, detrás de la torre y asomando la cabeza, se ven á ALEJAS, HEMOR, y un soldado romano, sin armas, como en observacion. JUSEPE, envuelto en pieles está recostado en la planicie de la colina y al parecer durmiendo; tiene á su lado el cayado, morral y demás atavíos de un guarda de rebaño: la cabaña cerrada.)

ALEJAS. ¿Duerme el pastor?

HEMOR. Tal parece.

ALEJAS. La choza, segun distingo,
está cerrada.

HEMOR. En efecto,
no te engañas.

ALEJAS. Pues preciso
es bajar.

HEMOR. Lo que me ordenes.

ALEJAS. Descendamos con sigilo
sin despertar á ese mozo:
no te muevas de este sitio (al romano.)
ojo siempre á la vereda,
á la llanura, al camino:
y si oyes pasos, si alguno
se acerca, me dás aviso.
Vamos, Hemor.

(El soldado queda tras de la torre; ambos bajan con cautela, mirando siempre á JUSEPE, el cual, sin embargo, no varía de posicion, aunque dice con voz de miedo.)

JUSEPE. (Huy! que bajan!
adios, tragadero mio,
que lo perdí...)

ALEJAS. (Abajo.) La ventana
cerrada tambien, tranquilo

el hogar: no nos conviene
mover gente ni ruido:
llama quedo, pide albergue,
que su pecho es compasivo;
si sale, hablaré con ella,
pero en tanto me retiro,
á fin de que no me oiga
pues aquí soy conocido...
Quedo, Hemor, y que no demos
de quienes somos, indicio.
(ALEJAS se oculta á la derecha entre bastidores; HEMOR llega á la puerta, dá un pequeño golpe con la mano, el cual repite por segunda vez, diciendo á poco.)

HEMOR. Há del hogar! (Con voz un poco ahogada.)
RAQUEL. (Dentro.) ¿Quién demanda.?
HEMOR. Estrangero.
RAQUEL. Bien venido.
¿De qué tierra?
HEMOR. De Samaria.

ESCENA II.

RAQUEL.—HEMOR.—JUSEPE.—ROMANO.

RAQUEL. (A la ventana.) De lejos vienen.
HEMOR. Preciso.
es cuando lo manda Augusto
ser obediente á su edicto.
RAQUEL. ¿Y qué pretende?
HEMOR. Descanso
un momento.
RAQUEL. Concedido.
Y además le daré lumbre
que arrecia esta noche el frio.
(Cierra la ventana: ALEJAS entra precipitadamente aunque de puntillas y dice á HEMOR.)

ESCENA III.

ALEJAS.—HEMOR.—JUSEPE.—ROMANO.

ALEJAS. Déjame el puesto y aléjate:
dá vuelta por el camino,
y tomando la vereda
sube á la torre y al mismo
lugar donde está el romano:
y esperadme, que confio
reducir á esta villana
tras tanto inútil ahinco.
Y si esta noche no logro
rendirla á Herodes invicto,
mañana con tus soldados
la llevo á Betzetha y...

HEMOR. Fijo.
Nadie como el mismo rey
podrá domeñar su brio.

ALEJAS. Sobre todo, gran cuidado
si ves venir al marido.
¿Vístele bien?

HEMOR. En las calles
de Betlhen.

ALEJAS. Pues ojo listo...
Déjame.
(HEMOR sale por la derecha, y á la mitad de la escena siguiente se le vé llegar por detrás de la torre y unirse al soldado.)

ESCENA IV.

RAQUEL.—ALEJAS.—JUSEPE.—ROMANO.

RAQUEL. (Saliendo con una tosca lámpara romana, que coloca en una palometa que hay junto á la puerta.)
Pasa adelante.

(Al verlo con un grito ahogado)
Alejas!!

ALEJAS. Raquel!

RAQUEL. Qué trama!...
tú no eres el que ha pedido
albergue: ¿por qué te hallas
en este sitio? no era
esa tu voz!

ALEJAS. ¡Qué te estraña
Raquel: por cumplir de Herodes
las ánsias multiplicadas,
acudo á todos los medios:
he de venir á tu casa;
y si á mi voz no respondes,
sinó escuchas mi palabra,
he de hacer que te hable otro.
que con su acento te atraiga,
y que al fin dócil te rindas
del rey al amor sin tasa.
No te niegues por mas tiempo,
que es capaz, si en ira raya,
hasta de rasgar su púrpura
y venir á tu cabaña
y conducirte á la fuerza
á su palacio entre lanzas.

RAQUEL. No hará tal: que bien pudiera
ser víctima de esa hazaña:
quizá falta un leve empuje;
quizà una accion sola falta,
para que una tribu fuerte
de los árabes que guardan
en el desierto su encono,
sobre sus águilas caiga,
y á nombre de Jehováh, tome
de sus perfidias venganza.

ALEJAS. Raquel, no olvides, que soy
hermano del rey.

RAQUEL. Bien hablas,

señor, mas tambien no olvides
que soy hebrea y casada.

ALEJAS. En tierra estás de Judá
y aquí todas son esclavas.

RAQUEL. Esclavas de los esposos
que solo en nosotras mandan:
*yo al mio le dí mis votos,
*no el de Nedér, que rescata
*la ofrenda, sí el de Cherém
*que obliga el cuerpo y el alma.

ALEJAS. Y ¿no sabes que por cosa
la mas débil y liviana
puede repudiarte el tuyo?
Si cueces mal la vianda:
si de él murmuras...

RAQUEL. Y bien:
Pues si eso es así, compara:
si por causa tan pequeña
tiene el hombre buena causa
para repudiarnos, dime,
¿qué será por otra falta?
¿Consintieras tú en tu esposa
lunar que te mancillára?
¿Olvidas en tu delirio
de Salomon las palabras?
«El que conserva á la adúltera
al lado y no la rechaza,
pecando contra la ley
quiere cubrirse de infamia.»
Márchate, Alejas.

ALEJAS. En vano
á la tradicion te abrazas;
al rey tributo es debido
y donde está el rey no hay mancha.
Él te dará tal grandeza
que otras iguales no haya
en Persia ni en Palestina.

RAQUEL. Me sobra con mi cabaña.

ALEJAS. Tus ropas serán en telas
y en valor, las mas preciadas:
*cien redecillas de perlas;
*cintos de oro y esmeraldas;
*y en arcos de pedrería
*y diamantes las tiaras.

RAQUEL. Bástanme, señor, el dote
que Isac me trajo á mi casa,
mi ceñidor y mi túnica,
y mi paz y fé del alma:
*no he menester brazaletes,
*ni púrpuras ni otras galas,
*ni cadenillas de oro
*taraceadas de plata:
con mi humildad y mi honra
vá mi vanidad mas alta.

ALEJAS. En la vida de tu hijo
brillarán las esperanzas;
nodrizas tendrá que cuiden
de su cuna y su lactancia.

RAQUEL. *No hay mugeres en Judea
*que dén sus hijos á estrañas
*manos; ¡mal haya la madre
*que se dispensa esta sacra
*obligacion de su vida!
*esta ley de sus entrañas!
*Raquel no imita á Rebeca
*ni á Mifiboseth.

ALEJAS. Esclavas
*tendrás que te aromen toda,
*que acudan á tu palabra,
*para que en dulce molicie
*pases la vida en tu estancia.

RAQUEL. En vano, señor, te esfuerzas:
jamás me plugo la holganza;
*y cuando la esposa é hijas
*de Augusto César trabajan
*en su palacio de Roma

*lo mismo que sus vasallas,
*no debemos ser mas que ellas
*nosotras sus tributarias.

ALEJAS. ¿Con que no te ciega el lujo,
la riqueza?

RAQUEL. Pompa vana.
Ganado con honra, todo:
comprado por honra, nada.
*El sol ocultó de horror
*su lumbre brillante y clara
*cuando el pecado de Eva,
*y en memoria de esta falta
*el sábado las hebreas
*encendemos una lámpara...
*dile, pues, al rey Herodes,
*que á Raquel no se le pasa
*jamás encender la suya,
*y que mientras viva y arda
*mal puede querer pecado
*quien aquel así rechaza...
Mugeres hay en Sebaste,
en Babilonia y Arabia,
de real linage, que acudan
á complacer su demanda;
vé, pues, y deja tranquilas
en su choza á las villanas.

ALEJAS. Para el rey no hay mas estirpe
que la hermosura: sus ánsias
como las de Salomon
con la belleza se esaltan:
pobre labradora era
Sulamites y se casa
con el hijo de David:
y humilde tambien Mariana
subió al trono de Judea
por su belleza estremada.

RAQUEL. Bien, Alejas, no prosigas
que no hay aquí semejanza

entre ambos casos: tenia
Salomon, cuando eso hablas
apenas treinta y dos años,
en que el amor avasalla
aun; pero Herodes tiene
cincuenta y nueve, y no calma;
ambas doncellas, propicias;
yo resistente y casada.
Soy de Isac, y pues no puedo
faltar á la fé del alma,
márchate Alejas, y cuenta
no venga, pues ya se tarda;
no le demos pesadumbre
que sospecha tu demanda.

ALEJAS. Pero, inútil todo?

RAQUEL. Todo.

ALEJAS. Nada hay que te ablande?

RAQUEL. Nada.

ALEJAS. Ni la esperanza?

RAQUEL. Tampoco.

ALEJAS. ¿Ni los diamantes ni el ámbar,
ni la púrpura de Tiro?

RAQUEL. Vete ya, Alejas, y acaba.

ALEJAS. ¡Oh! que te pierdes!

RAQUEL. No importa.

ALEJAS. Valor tienes.

RAQUEL. Fé sobrada.

ALEJAS. Yo la domaré.

RAQUEL. Imposible.

ALEJAS. Soy poder.

RAQUEL. Y yo muralla.

ALEJAS. Me retas?

RAQUEL. No, me defiendo.

ALEJAS. El rey Herodes te ama
y has de ser suya de grado
ó por fuerza.

RAQUEL. Pertinacia
inútil.

ALEJAS. Quizá esta noche
que por estos valles anda
en pos de fieros bandidos,
se aprocsime á tu cabaña
y entonces..

RAQUEL. (Jadeante.) Qué hará?

ALEJAS. Indignado
con esa altivez liviana,
hacer que tracios te lleven
á su palacio entre lanzas.

RAQUEL. (Repuesta.)
Que vengan, pues, cuando quieran,
que aquí Raquel les aguarda.
Pero, Alejas, entretanto
vé con Jehováh. (Demostrándole el camino, le vuelve la espalda y se dirige á la cabaña.)

ALEJAS. (Amenazante y con ira reconcentrada.)
Por mi alma!
oh! verás que ni tus brios
ni tu belleza te salvan.

RAQUEL. (En la puerta.)
Ay! que Isac no los encuentre;
que á mí, con mi honor me basta.
(ALEJAS sube al monte y haciendo una señal á los suyos, desaparece con ellos.)

ESCENA V.

JUSEPE se incorpora lentamente, vuelva la cabeza hácia la torre y viendo que han desaparecido ALEJAS y los soldados, toma el cayado y morral, se pone de pié y baja la colina, con aire miedoso y haciendo aspavientos estúpidos.

JUSEPE. Ma quedao pititieso!
miste lo que he descubrido!
que el ama quiee á su marido
mas que al rey... no sabia yo eso!...

Y con qué pretuberancia
la dicho—«chiton y vete:»—
pus si nó entiende el cachete
tiene fina la irnorancia.
Aunque yo no me he movido,
como oia, de rechazo
temia que de un sablazo
me cortáran el oido.
Y á la tierra me agachaba,
aguardando argun percance,
y pa divitar un lance
no dormirme percuraba.
Que si duermo... no hay manera:
yo que me queo como un tronco
y ronco mas!... ay! si ronco
me queo sin la ronquera.
(Haciendo señal de que le cortaban el cuello.)

ESCENA VI.

JUSEPE—JACOB. (que aparece cautelosamente por detrás de la palmera.)

JACOB. Jusepe, ¿estás solo?
JUSEPE. No. (Con aspavientos de miedo y volviéndole la espalda.)
JACOB. Pues ¿quién te acompaña?
JUSEPE. Un miedo
tan grande que ya no puedo
con él.
JACOB. ¿De qué?
JUSEPE. Qué sé yo!
JACOB. ¿Ha habido lobo?
JUSEPE. No, zorro.
JACOB. ¿Zorro? ¿Estás loco?
JUSEPE. (Lo digo?)
JACOB. El zorro es chico enemigo
y no ha menester socorro

contra su diente el ganado.

JUSEPE. (Dirigiéndose á el con misterio.)
Es que aquí ha poco ha vinido
un zorro muy atrivido
con un diente mu afilado.
(Haciendo demostracion de la espada.)

JACOB. El hermano del rey?

JUSEPE. Sí.
¿quién te lo ha dicho? (Asombrado.)

JACOB. Lo sé;
casi á su lado pasé,
cuando venia hácia aquí.

JUSEPE. ¿Y no ta cortao el piscuezo
oye?

JACOB. Y dí, qué ha sucedido?
¿á quién habló ¿á qué ha venido?

JUSEPE. Si así priguntas, no empiezo:
pero jura con la mano
sobre la porra que er pico...
(Plegándose los lábios.)

JACOB. Vamos, te ¿esplicas?

JUSEPE. Me isplico,
pero no jures en vano.
Sobre todo el rabadán
que no sepa este timulto,
porque sinó del insulto
le dará un sopito-pan.

JACOB. ¿Acabas de hablar ó no?

JUSEPE. Vino el hermano del rey,
(Con ademanes de secreto.)
y sin mas Dios ni mas ley,
dijo al ama—aquí estoy yo.
Y le dijo que su hermano
estaba muerto por ella
de afeto y presopopeya:
y ella contestó—tirano!!
y él riplicó—pues disponte
que vas á ser principesa:

y ella dijo—Buena es esa:
estoy mejor en mi monte
que en palacio; y él ripuso
con mucha fisulofía,
—Pus mira que no hay tu tia
que Herodes está confuso.
Y ella añidió—no lo aceto:
en esto Alejas se inrita,
abre mas la boca y grita
y hasta le falta al rispeto.
Y ella dijo,—aunque me amarre
Herodes, no me conquista;
con que, pues, y hasta la vista:—
y él dijo sóo y ella jarre.
Y entre el jarre y entre el jirri,
que tanto al caso inquivale,
si me hubien sangrao, me sale
en vez de sangre, agua chirri.

JACOB. (Pensativo.)
Con que el rey así atropella?..
y al fin?...

JUSEPE. Se fué.

JACOB. Desabrido?

JUSEPE. Sí, yo creo que se ha ido
endisponido con ella.

JACOB. Pues bien, Jusepe, te encargo
que Isac no sepa ni un punto...

JUSEPE. Callaré como un defunto
que está tendío á lo largo.
El ama! (Mirando adentro.)

JACOB. Vete.

JUSEFE. No peca
mi gusto con la salida;
y pus me echa, de corrida
voy á buscar á Rebeca.

ESCENA VII.

RAQUEL.—JACOB.

RAQUEL. (Saliendo.) Ah! Jacob ¿has despertado?
JACOB. Sí... no dormia... estaba ahí
medio en vela... (á ver si así
me cuenta lo que ha pasado.)
RAQUEL. Pero ¿eras tú?
JABOB. Ya lo creo...
y he visto...
RAQUEL. Negra perfidia!
JACOB. Cuando es desigual la lidia
vencer es mayor trofeo.
RAQUEL. Con que lo has visto?
JACOB. Si tal.
RAQUEL. Y habrás oido?
JABOB. Lo oí.
Bien haya muger que así
rechaza el duelo y el mal.
RAQUEL. Oh! por nuestro bien te ruego
que ocultes á Isac mi pena;
mientras el rey me condena
no turbemos su sosiego.
JACOB. Pero ¿dónde el rey te vió?
RAQUEL. Junto á su palacio un dia,
y de entonces su porfia
y su halago no cesó.
Ya un esclavo me persigue
con presentes y favores,
y red de torpes amores
á todas partes me sigue.
Con solicitud estraña
búscame en Jerusalen,
y sinó me halla, en Bethlen;
sinó, en mi propia cabana.
Anteayer vino un germano

con alardes de violencia;
y hoy perdida la paciencia
vuelve á mandarme á su hermano.
Sé que voy á sucumbir...

JACOB. No, Raquel, no puede ser...

RAQUEL. Sucumbir... á su poder,
y ya en su poder, morir.
Pero á su amor? su deseo?
Inútil la empresa fuera,
y esto Herodes comprendiera
si fuese Herodes hebreo.

JACOB. (Meditabundo.) Viejo y á los vicios dado
y en amores aturdido!
rey tan mal entretenido
como mal aconsejado!
*Así á ejemplo de sus dotes
*sin leyes y sin justicia
*se venden á la avaricia
*los príncipes sacerdotes.
*Así el dolor les ahoga
*y en sus penas infinitas
*pagan los pobres Levitas
*gustos de la Sinagoga.
*Y al grande haciéndolo chico,
*se quedan, porque les sobre,
*con la miseria del pobre
*y la economía del rico!

RAQUEL. (Interrumpiéndolo.)
¿Crees tú, Jacob, que vendrán
por mi firme resistencia,
y al llevarme con violencia
mi cabaña arrasarán?

JACOB. Pues dudas tú de esas gentes?
el rey no mató á Mariana
su muger, y en lucha insana
al par mató á sus parientes?
¿Pues conoce religion
ni ley ni temor le doma?

Tiene miedo mas que á Roma?
¿Quién obtuvo su perdon?
*Y dicen los Herodianos
*que es el Mesías.—Lo niego!
*no enciende Jelión su fuego
*en instintos tan livianos.
*El tiempo se cumplirá
*y nacerá Aquel Mesías
*que profetizó Isaias;
*y ese Bien, el bien traerá...
*Mas en tanto...

RAQUEL. Te apesáras.
*Jacob, y doblas mi pena;
*si el destino me condena
*sabré morir en sus aras.

JACOB. *Ya sé que tienes valor;
*pero hoy del mundo es oficio
*ornar con laurel el vicio,
*y la virtud con dolor.

RAQUEL. Y qué hacer?

JACOB. Mala es la suerte.

RAQUEL. Huiremos de aquí.

JACOB. Y adonde?
Para el rey, el que se esconde
mas pronto encuentra la muerte.
(Óyese á lo lejos musica pastoril que se acerca despues.)

RAQUEL. (Asustada.)
A ver... calla... no hables alto:
siento á lo lejos ruido:
desde que el bien he perdido
siempre estoy en sobresalto.

JACOB. Me parece... (Poniendo el oido.)
apuesto un as
á que allí Jusepe viene.

RAQUEL. Tal vez: buen oido tiene
el pastor.

JACOB. Ya lo verás.

RAQUEL. Lo percibo... no hubo dolo;
flauta, pandero, añafiles
y cantares pastoriles:
entonces no viene solo.

JACOB. Él que de festivo peca
se habrá con otros reunido...
ya se acercan... ¡mal sonido!
oigo la voz de Rebeca.

RAQUEL. Pues ya del sueño reniego:
el Señor nos dé su amparo:
pasamos la noche en claro:
donde ella está, no hay sosiego.

JUSEPE. (Dentro.) Jacob.

REBECA. (Idem.) Raquel!

MUGERES. (Idem en confusion.) Aquí estamos.

JACOB. Vienen pocos!

RAQUEL. Gente moza
que con nada se alboroza.

JUSEPE. (Idem.) Ya llegamos.

REBECA Y OTROS. (Idem.) Ya llegamos.

JACOB. Verás que con el bullicio
de esa loca zarabanda
el ganado se desbanda.

RAQUEL. Pero ¿quién los mete en juicio?
Recíbelos tú un instante:
pronto vuelvo. (Entra en la cabaña.)

JACOB. Tarda poco
que para volverme loco
tengo con ellos bastante.

ESCENA VIII.

JACOB—y en seguida—REBECA,—JUSEPE,—pastores de ambos secsos, niños y adultos: traen flauta, rabel, pandero, zambomba y otros instrumentos:—RAQUEL á poco. Murmullo, broma y palmoteo al entrar todos empujando á JUSEPE.

REBECA. Entra, Jusepillo y viva!

Mucho timurto, muchachos.

TODOS. Alegria! Alegria!

REBECA. Bueno!
Asin, los brazos por alto;
que estoy llena de rabillos
de salamanquesa y sapos
y me pillan toito el cuerpo
dende arriba jasta abajo.
Jusepe, grita que viva!

JUSEPE. Que viva doscientos años
y un mes y catorce sigros...
(A Jacob.) (regorvieron los sordaos,
oye?

JACOB. (Calla.) Y quietecitos
que asustar vais el rebaño.

REBECA. Que se asuste. y si se escapa
gorveremos á juntarlo;
recabal, que para eso
tengo dos piés y dos manos,
y un cuerpo y una cabeza...

JACOB. Pero ¿qué pasa?

REBECA. No es malo
lo que pasa: que en la choza
no hay ni tan siquiera un ramo
para calentarse y dijo
este borrico, mi hermano...

JUSEPE. Y esta es mi hermana.

REBECA. Pus mira,
vámonos casa del amo
que allí mos darán legumbre,
ú sinó cinco ó seis palos
y encenderemos candela,
y tú veras como entramos
en calor. (Raquel aparece en la puerta.)

JUSEPE. El ama, el ama.

REBECA. Viva Raquel!

TODOS. Viva!

RAQUEL. Cuántos!

¿Dónde vais con tanta bulla?

JUSEPE. Toma! vinimos...

REBECA. Es claro;
á vesitarte y traerte
panecillos y agasajos:
y vamos á hacer muñuelos.

RAQUEL. Me alegro.

REBECA. Pues limpia el cazo.
Viva Raquel! es mas güena
que las mieles.

JUSEPE. Mas que el asno
de Zacarias que anda
dos leguas en cinco años.

REBECA. Mira tú, que no seas simple,
lo oyes tú? que no es esato
comparar á las mugeres
con animales.

JUSEPE. Pus callo;
pero no callo, que tengo
esta noche un ringo-rango
en las tripas que parece
que he comio escarabajos
vivos.

(Aparece Isac en lo alto del monte por detrás de la torre.)

RAQUEL. Isac, Isac viene:
por la torre asoma.

JUSEPE. El amo!
Viva el rabadan!... Rebeca,
y todos moved las manos,
(En ademan de que toquen los instrumentos.)
y á recibirlo en volandas.

REBECA. Vamos todos.

PASTORES. Vamos.

JUSEPE. Vamos.

(Agitan los instrumentos con sumo alborozo.)

ISAC. (Desde el monte.)
¿Qué sucede? ¡Cuánta gente!

¿Se está de fiesta, muchachos?
¿Cómo á media noche?...

REBECA. Toma!
que vinimos y aquí estamos.

ESCENA IX.

Dichos—ISAC—trae una cesta cubierta con hojas de palmera y un odre egipcio que se supone lleno de vino.

RAQUEL. (Recibièndolo.) Oh mi Isac.

ISAC. Qué ¿me he tardado?
Raquel mia, buen amigo.

JACOB. El cielo venga contigo,
rabadan.

RAQUEL. Qué me has comprado?

ISAC. (Entreabriendo la cesta.)
Higos, dátiles y nueces,
panecillos de cebada
y un vinillo!... (Demostrando el odre.)
que ahí es nada!...
lo probé cinco ó seis veces.

JUSEPE. Mañífico!

REBECA. A ver, á ver...
¿Es dulce?

ISAC. (Con bondad.) No seas curiosa.

REBECA. Mejor dijeras golosa.

ISAC. Uno y otro es la muger.
(A Raquel.) Y mi Abrahan? Ya dormido
por supuesto.

RAQUEL. Sin reproche.
Apenas viene la noche
no dá ni el menor ruido.
(Ecsaminando la cesta.)
Y hay mucha gente en Betlhen?

ISAC. Que si hay? que ya no se cabe:
en mesones no se sabe
las personas que se vén.

Y en los caminos? no es cuento!
caravanas como tropas;
y vés una y luego topas
con un ciento y otro ciento.
Camellos, blancas pollinas
y caballos soberanos;
grupos de niños y ancianos,
y mugeres peregrinas.
Dichoso empadronamiento!
bien puede decir Augusto,
que ha puesto, por darse gusto,
el imperio en movimiento.
*No hay en Betlhen ni una casa,
*ni una choza ni un recinto,
*que no sea un laberinto
*de gente y bulla sin tasa.
*Árabes, negros, hebreos,
*nazarenos, mercaderes,
*ancianos, niños, mugeres,
*esclavos y fariseos.
Y todos en confusion,
apuntándose los tienes
con sus personas y bienes
en el revuelto padron.
Pero he visto cierta escena
que al corazon me ha llegado;
estoy aquí y ha pasado
y aun me acongoja la pena.

RAQUEL. Qué, Isac?

JACOB. Alguna de Herodes.
Algunas de sus maldades
ó sus muchas liviandades.

ISAC. No es eso; no te incomodes.

JUSEPE. Siempre sordaos serán
los que le habrán aflejido.

RAQUEL. Pero dí ¿qué ha sucedido?

REBECA. Que lo cuente el rabadán.

(Todos le rodean con muestras de curiosidad.)

ISAC. Oidme:—Espiraba el dia
cuando á Betlhen me acercaba,
viendo la gente que entraba
ó de la ciudad salia.
Pero fijéme en verdad,
absorto quizá ó pasmado,
en el gran meson cuadrado
que hay fuera de la ciudad.
Y oigo una voz alterada
que decia:—«Pues es poco!
no hay una celda tampoco
siquiera desocupada.»
Llamóme esto la atencion
y me acerqué y ví afligidas
dos personas detenidas
en la puerta del meson.
Tras largo y triste viage,
cuando pensaban hallar
término ya á su pesar,
les negaban hospedage.
No sé por qué; pero ansiosos
mis ojos, de ellos en pós,
se fijaron en los dos
que debian ser esposos.
Ella en pollino montada,
de cuya silla pendia
una cesta ya vacía
y una vasija labrada.
Él á pié, pobre y cargado
con un saco de vestidos,
lomos con cinto ceñidos
y en piel de cabra arropado.
Ella jóven; de estatura
mediana; el cutis de oro;
ojos negros y decoro
en su brillante hermosura.
Nariz perfecta, aguileña;
de carmin el lábio puro;

sien modesta, y en su apuro,
aun en su afliccion risueña.
Él ostentando la marca
de la honradéz; rostro grave;
mirada dulce y suave;
actitud de patriarca.
Ella con bondad distinta;
él implorando clemencia:
ella sufriendo paciencia;
él anciano y ella en cinta.
Y el mesonero Cain,
duro y... fuera! por mi nombre!...
no sé... vamos, ese hombre
no puede tener buen fin.
(Murmullos de disgusto entre todos.)

REBECA. (Haciendo pucheros.)
Mala-sangre, picaron,
que tales desdichas fragua!
quiera Dios que en sal y agua
se le convierta el meson.

JUSEPE. (Idem.) Eso! asisino, pantera,
trigue, leon, animal!
en sal y en agua! Cabal!
y así morirá en salmuera.

RAQUEL. Y á dónde fueron?

ISAC. No sé.
Víles ir en santa calma
tras un hogar, y mi alma
con ellos triste se fué.

RAQUEL. Isac ¿y no preguntaste
de dónde eran?

ISAC. Oí
que de Nazareth.

RAQUEL. De allí?
Tan lejos! y les hablaste?

JACOB. *De Nazareth! una marcha
*de cinco dias! Pues digo!
*y al final, sin un abrigo

*contra el rigor de la escarcha!

ISAC. Aun el pesar me reboza
y contra la suerte clamo;
de no haber servido á un amo
me los traigo á nuestra choza.
Tentado estuve.

RAQUEL. ¿Y por qué
no los tragiste?

ISAC. Simpleza!
De mi humildad y pobreza,
la verdad, me avergoncé.

RAQUEL. Pobres esposos!

ISAC. En fin,
Ehyéh que por todos vela,
verás como los consuela.
Jacob, vamos al tragin.

REBECA. Sí; por supuesto; esta es güena;
estamos aquí un gentío
de gente, y hemos vinío
tan solo á llorar de pena.

ISAC. Y qué quieres?

REBECA. Mucho canto
y baile y...

ISAC. Fiesta, ya estoy:
pues bailad, que yo me voy
á la majada entretanto.

REBECA. (Dando saltos de alegria.)
¿Das licencia? De verdad?
al aire cada istrumento;
y el que sepa, en el momento
que luzca su habilidad.

(RAQUEL en la puerta de la choza, de pié, con REBECA á su lado: á la derecha JACOB de pié tambien, apoyado en su palo: los demás se sientan todos, unos al pié de la colina, otros en el llano, otros junto al tronco de un árbol: unos tocan, los muchachos cantan, y varios pastores bailan.)

(Copla: música de la orquesta.)

Muchachos. De Jerusalen me voy
que no quiero empadronarme,
pues dicen los centuriones
que á Roma quieren llevarme.

Ay! madre del alma
qué susto que tengo,
que vienen soldados
y mucho les temo.

Isac. (En la majada, donde se halla recostado bajo la palmera.)
Si Herodes oye la copla
á Roma os conduce atados.

Rebeca. Mejor; iremos; con eso
tendremos novio romano.
Muchachos, siga el jaleo
y la música y el canto.

(Copla.)

Muchachos. Yo no quiero ir á Betlhen
que el campo me gusta ahora,
y me han dicho dos pastores
que si quiero ser pastora.

Ay! madre del alma
me mata el contento,
que yo de pastores
jamás tuve miedo.

Jacob. Ea, ya basta, que la noche
vá de mediada y no es caso
que la velemos.

Rebeca. Pues bueno,

levantad y adentro vamos:
voy á hacer un cuchifrito
de repetundi: ea, andando
que Raquel nos dará harina
y pan y vino y cacharros
y su aceite.

JUSEPE. Y yo lo frido:
que pa eso tengo unas manos
que echan mas jumo!!...

ISAC. Jusepe,
déjalas ya descansando
que haces falta en la majada:
siempre en bulla estos muchachos!
Jacob, arriba.—Raquel,
que suba Jusepe el rancho
que aquí mientras prevendremos
la lumbre.

REBECA. Vaya el rebaño!
que afan de conciliabúlo
con las ovejas.

JUSEPE. Nuesamo
¿no fuera mucho mas súpito
mas estuemacal y sano
vinirnos á la cabaña
á cenar?

ISAC. Ya estás pensando
cómo sigues entre faldas:
yo á la costumbre no falto
ni á la tradicion, es regla
y contra regla no mando:
además que no es posible
abandonar el ganado.

REBECA. Ea pues, muchachos, adentro.
jurrio de aquí.

JUSEPE. (A Raquel.) Yo me escapo
tambien, que es mi conivencia
llevar y traer el cazo
de las migas: eh? me isplico?

RAQUEL. Dices bien; pues al despacho:
entra por ellas.

JUSEFE. (Es fuerte
que paese que me he casado
con el hermano del rey,
sigun lo tengo á mi cargo
y en la mimoria mitío
que no puedo disecharlo.)

ESCENA X.

ISAC.—JACOB,—en la majada,—luego JUSEPE con el cazo de la migas.
Oscuro en la sala y el escenario.

ISAC. Húmeda ha puesto la escarcha
la leña; no apiñes fuego
que se apaga.

JACOB. No consiste
en la leña, es en mis dedos
que no puedo colocarla:
hace el frio unos progresos
esta noche...

ISAC. No es estraño:
Diciembre acaba y es tiempo:
el veinte y cinco se cuenta
mañana viérnes.

JACOB. Es cierto.

ISAC. Pero quién le teme al frio,
Jacob! desde pequeñuelos
somos pastores, y andamos
en verano y en invierno
por el monte, y adobados
nos tienen lo mismo el trueno
que el sol de Agosto; la lluvia
que las estrellas.

JACOB. Convengo;
pero cuando pasan años

y ya vá uno siendo viejo...
ISAC. Viejo con cuarenta años!
JACOB. Ya es de la vejez comienzo!
ISAC. Jacob, que la lumbre ahogas.
JACOB. Pues hazlo tú, yo no puedo.
JUSEPE. (Saliendo con el cazo de las migas.)
Huy! qué güenas! con los ojos
ya me las estoy comiendo.
JACOB. Arriba, que esa es la leña
que le hace falta á este fuego.
JUSEPE. ¿Está ahí el odre?
JACOB. A mi lado.
JUSEPE. Entonces ¡quién dijo miedo!...
Ya pesa el cazo!
ISAC. Te pesa?
Pues pronto dejará el peso.
JUSEPE. (Llega á la planicie, coloca el cazo sobre unos palillos cruzados al lado del hogar y se sienta.)
Ah! já, já!
ISAC. Demos principio.
(Los tres comen alternando en el diálogo.)
JUSEPE. Sinó fuera por el fresco...
hace mañífica noche!...
un poquillo oscura, pero
muy pronto estará ya claro:
la luna viene à lo lejos
alumbrando y...
ISAC. Que te ahogas,
Jusepillo.
JACOB. No comprendo
cómo se coma y se hable.
JUSEPE. Pues tú hablas.
JACOB. Pero ceso
de comer.
JUSEPE. Eso consiste
en que está el gaznate seco
y pide una bebeura.
ISAC. Ya diste con el secreto:

cuestion de agua.

JUSEPE. De vino
querrás decir: dame un tiento.

ISAC. Siendo el mas chico de todos,
siempre has de ser el primero.
(Le dá el odre.)

JUSEPE. Esta no es cuestion de años;
es de sed. (Bebe.)

JACOB. Pues siga el ruedo.

JUSEPE. Sabe á... vino.

ISAC. Nada mas?
Venga...

JACOB. Pero á vino bueno.
(Suena una esquila como cuando un cordero está echado y se mueve.)
Oye, el manso se ha movido:
habrá lobo?

JUSEPE. Y con los perros...

ISAC. No importa.

JUSEPE. Pues voy á ver.

ISAC. Desde ahí mismo puedes verlo.
(JUSEPE sube á lo alto de la colina, mira á un lado y otro, y por último se fija en el horizonte por la izquierda.)

JUSEPE. Zambomba! Jehováh!

ISAC. Qué pasa?

JUSEPE. Me voy á morir de miedo!
(Baja rápidamente.)

JACOB. ¿Qué has visto?

JUSEPE. No puedo hablar!...
el mas estraño portento:
un pájaro todo blanco
tan grande como un carnero,
y echando chispas, que trae
hácia estos sitios el vuelo;
y detrás otros mas chicos
aunque esos vienen mas lejos...
y traen muchos alifafes

colgando por todo el cuerpo,
y sables mu enfilaos
para cortar el piscuezo.

ISAC. Vamos, Jacob, á Jusepe
el vinillo le ha hecho efecto.

JUSEPE. Qué vino! si no es que vino;
es que viene.

JACOB. Calla, nécio:
las aves blancas no cruzan
por la noche el elemento.

(Una luz roja empieza á alumbrar la escena.)

ISAC. ¿Qué es esto? Jacob! ¿no observas?...
pues ya casi voy creyendo...
se vá iluminando el monte...

JUSEPE. Así vereis que no miento.

JACOB. Es verdad...

ISAC. Qué maravilla!...

JUSEPE. Ya llega; nos pega fuego.

ESCENA XI.

ISAC.—JACOB.—JUSEPE —EL ÁNGEL, con una antorcha encendida en la mano: entra por la izquierda y se posa sobre la palmera, la cual se convierte en una brillante aurora de nubes de colores y luces en cuyo centro se coloca EL ÁNGEL: transformacion rápida al mismo tiempo: las estrellas brillan: toda la nieve ha desaparecido, las cepas, árboles y demás plantas han brotado y se les vé con hermoso verdor: muchas flores por todas partes: el agua de la cañada se liquida y corre hasta perderse entre bastidores: la luna se vá remontando en el fondo: suma animacion al cuadro para que el contraste sea completamente perceptible.—Luz Dumont alumbra al ANGEL.

ÁNGEL. No temais, que no he venido
con mision de pena ingrata:
en una cueva inmediata

el Niño Dios ha nacido:
envuelto en pobre vestido
que son sus prendas mejores,
le encontrareis sin dolores,
porque el mundo lo celebre,
reclinado en un pesebre:
id y adoradlo, pastores.

(La orquesta ha acompañado este recitado con una música suave y melodiosa y al terminar el ANGEL óyese á lo lejos un coro de ángeles que cantan con la misma orquesta.)

Gloria á Dios en las alturas
y paz al hombre en la tierra.

(Desaparece el ÁNGEL: solo la palmera vuelve á su estado anterior.—Los pastores se descubren involuntariamente, quedando absortos, poniendo el oido y mirando al cielo.)

ISAC. Gloria á Dios en las alturas
y paz al hombre en la tierra!
¡Cuánto este cántico encierra
de inacabables venturas!
Dios bendice á sus criaturas
y empiezan las profecías
á cumplirse; nuevos dias
vendrán de luz y consuelo,
cuando nos anuncia el cielo
que ya ha nacido el Mesías.

(Algunos ángeles más llevando tambien antorchas en la mano, atraviesan volando el teatro.)

JACOB. Más ángeles, más: del mundo
se ha conmovido la calma,
y hasta dentro de mi alma
siento un bienestar fecundo:
ese Misterio profundo
mi pecho y mi mente humilla:

ya quiero hincar la rodilla
para adorar el portento:
vamos, Isac, al momento
á ver esa maravilla.

JUSEPE. Yo no sabo lo que pasa;
ni si es miedo ú alegría
lo que siento: el alma mia
con luz del cielo se abrasa:
si mi memoria ripasa
lo estupefato que ha visto,
como esto, nada: ¡qué listo
se fué el chicuelo volando!...
vamos, rabadán; andando:
vamos á adorar á Cristo.

ISAC. Sin detencion. (Levantándose todos.)

JUSEPE. Mas qué es esto?...
Jelión consigo me lleve!
Isac ¿dónde está la nieve?

ISAC. Qué dices?
(Bajando los tres y mirando al rededor.)
Oh manifiesto
prodigio!...

JACOB. Y se ha derretido
el arroyo.

ISAC. ¡Qué primores!

JUSEPE. Y mira, mira; hasta flores!...
el campo se ha trasformido.

ISAC. Pues con tantas maravillas,
cuando Dios está en el mundo,
debe, con gozo profundo,
el mundo estar de rodillas.
(Los tres doblan la rodilla un momento con respeto y solemnidad: en seguida exclama ISAC con resolucion, levantándose.)

ISAC. A buscar al niño.

JACOB. Vamos.

JUSEPE. Sí, que el busilis me apura
de contemplar su hermosura.

(Van á salir, cuando se pára JUSEPE y dice:)

JUSEPE. Pero... ¿nada le llevamos?
JACOB. Es verdad.
ISAC. Eso conviene,
mas somos tan pobres!...
JUSEPE. Toma!
¿te olvidas ya del anxioma?
Cada cual dá lo que tiene.
ISAC. Pues bien,. si nó ha de estar mal
yo un queso y leche le llevo.
JACOB. Yo manteca.
JUSEPE. Y yo lo... apruebo
y le llevo un recental.
ISAC. Vamos por ello.

(ISAC y JACOB entran un momento en la cabaña: JUSEPE se dirige á la planicie y desata un cordero colocado junto á la palmera.)

Son estas
cosas para la ocasion:...
con toda ginuflicion
te voy á llevar á cuestas. (Baja.)

ESCENA XII.

JUSEPE con el cordero al hombro:—ISAC con un cantarillo tapado, y en una vasija de barro un queso cubierto con hojas:—JACOB con otra vasija tapada: detrás RAQUEL,—REBECA,—pastores y niños.

REBECA. Pero ¿adónde vais?
RAQUEL. Es cierto,
¿qué ha sucedido?
JUSEPE. Una cosa!...
ISAC. Calla!
REBECA. Dí.
ISAC. Es tan prodigiosa
que á decírtela no acierto.
Mirad el campo.

RAQUEL. }
REBECA. } Qué asombro!

(Todos dán muestras de maravillarse.)

RAQUEL. Mas qué pasa?

ISAC. No hay porfia!
Ten, Raquel, mucha alegria!
Jacob, la vasija al hombro
y andando. (Salen por la derecha.)

REBECA. Pero quisiera...

JUSEPE. Es que...

ISAC. Jusepe!

JUSEPE. (El último.) Un amigo...
Pues!... es... que no te lo digo
que eres muy canti-parlera.

REBECA. Nada! Se van diligentes.
Y tu Isac es el mas listo.

RAQUEL. (Pensativa.)
(A dónde irán?)

REBECA. Y no has visto
que los tres llevan presentes?
Esos se van á Betlhen
á alguna fiesta, de fijo!
Pues haya aquí regocijo
y canto y baile tambien.
(La orquesta preludia la misma pastorela de la escena IX: los pastores se colocan en la forma que vá indicando REBECA.)
Venid todos: tú, Sanson,
(Al pastor mas pequeño y débil que haya.)
con los niños á este lado:
tú, Quirilo, aquí sentado;
y mas acá Simeon.
Vamos, Tobías, Samuel,
(A los que bailan.)
Sara, tú, (A otro.)
(Óyese á lo lejos música guerrera, ténue y apagada que se vá acercando, pero nunca con todo su sonido.)

el cuerpo derecho,
que el mio está ya deshecho
por danzar... y tú, Raquel;
¿Qué haces? Siempre en batalla
contigo...

RAQUEL. Nada, te oia.

REBECA. Vamos, tén mas alegria.

RAQUEL. Gozo en veros: pero... calla!...
(Cesa la música de la orquesta que ha seguido muy piano tocando la pastorela hasta este momento: se oye un tanto mas perceptible la música guerrera.)
Jehovah me asista!...
(Mucha viveza en este diálogo.)

REBECA. Qué es eso?
¿tropa en el valle á estas horas?
(Todos se levantan con ansiedad.)

RAQUEL. (Con angustia.)
Vienen aquí!

REBECA. Y lo deploras?

RAQUEL. (Oh!!)

REBECA. Pues si yo pierdo el seso
por un soldado!

RAQUEL. Me estraña!...
(Y es preciso buscar modos
que no sepan...) entrad todos,
al momento, en la cabaña.

REBECA. Te has puesto en mucho cuidado.

RAQUEL. (Hoy mi fuerza se acrisola.)

REBECA. Y te vás á quedar sola?

RAQUEL. Voy á guardar mi ganado.

REBECA. Y no te dán que temer
esos soldados aquí?

RAQUEL. Mi deber lo manda así
y no falto á mi deber.
Entrad y silencio.
(Los empuja suavemente.)

ESCENA XIII.

Ha cesado la música guerrera.—RAQUEL,—á poco—ALEJAS;—luego—HERODES,—HEMOR,—músicos, centuriones, tracios, germanos, esclavos con una litera que colocan en lo alto de la colina:—RAQUEL vá á subir al monte en direccion de la majada, cuando sale ALEJAS por la derecha: dos puntos de atencion muy prócsimos, pero pianos.

ALEJAS. El rey
se acerca.

RAQUEL. (Deteniéndose y desde la vereda.)
Venga en buen hora:
fiel esclava y servidora
sabré respetar su ley.
(HEMOR aparece en la cima del monte seguido de los soldados que se van colocando silenciosos en diversos puntos: luego HERODES; los músicos y esclavos con la litera quedan arriba.—HERODES baja lentamente y mirando á todas partes, y solo dice el primer verso cuando ya está cerca de RAQUEL.)

ALEJAS. Ya te anuncié que esta noche
quizá á este sitio vendria,
y ahí está.

RAQUEL. Vana porfia!

ALEJAS. Suprime todo reproche.

RAQUEL. (Bajando.) Y qué he de hacer?

ALEJAS. Agradarle,
que dichas ó males labra.

RAQUEL. Si hay agrado en su palabra
con él sabré contestarle.

ALEJAS. No desdeñes la ocasion
que es de bondad manifiesta.

RAQUEL. Si él á bondades se apresta
buena será mi razon.

ALEJAS. Y vé que en esta visita

á honrar tu persona viene.

RAQUEL. (Con altivez solemne.)
Quien honra en su vida tiene
ni aun del rey la necesita.

HERODES. Altiva está la villana.

RAQUEL. Señor! Mi altivez...

HERODES. Es fiera.
Vigila Alejas, y espera.
(ALEJAS se retira y coloca á la entrada derecha.)
Vas á oirme. (A Raquel.)

RAQUEL. (Lucha insana!)

HERODES. Si hay una vez en la vida
Raquel, en que dice el hombre
la verdad, yo por mi nombre,
la voy á decir cumplida.
Escucha, ¿quieres saber
por qué con ciego desvelo
en mi soledad anhelo
el amor de una muger?
Porque todos me abandonan:
porque en luchas desiguales
los mismos que ayer leales
hoy de contrarios blasonan.
*En vano por bien pensado
*dí muerte á los Macabeos;
*á su vez los fariseos
*la guerra me han declarado.
*Y los esenios al par
*imitándoles la idea,
*en tierra de Galílea
*ódio se han puesto á sembrar.
Todos al mal decididos
la existencia me envenenan;
los persigo, y se me llenan
los caminos de bandidos.
Y porque no se derroche
el mal, pues que tanto valgo,

yo mismo tras ellos salgo,
como he salido esta noche.
Cada dia hallo un ejemplo
que avergüence mi decoro:
ni aun el águila de oro
han respetado del templo.
*En vano á atajarlos voy
*dando mi apoyo á las artes:
*el odio por todas partes
*crece mas cuanto mas doy.
No hay ruin que no se desmande,
y en este revuelto empeño,
todos me juzgan pequeño
cuando me llaman el grande.
En mis dolores prolijos
buscando personas fieles,
hasta enemigos crueles
he hallado en mis propios hijos.
Por eso en mi padecer
no viendo afecto seguro
en hombre alguno, procuro
el amor de una muger.

RAQUEL. Pero es posible, señor,
que si la fé se acrisola
no te haya dado una sola
puro y síncero su amor?

HERODES. Siempre tras él, he tenido
nueve esposas, y ninguna
acertó á darme fortuna
en este bien preferido.
*En vano el deseo creyó
*ser el móvil mi persona:
*el brillo de la corona
*á todas las deslumbró.
*Una ruda y otra altiva;
*esta á ligerezas dada,
*aquella en córtes viciada,
*una fácil, otra esquiva.

Por eso en esta ocasion
búscola limpia y sin tilde,
por mas pobre ó mas humilde
que sea su condicion.

RAQUEL. Tuvístela ya y fué vana
la ansiedad de tu deseo.

HERODES. Que la tuve?

RAQUEL. Segun creo,
hija segunda Mariana
fué de un sacrificador.

HERÒDES. Y bien desagradecida:
por eso en esta partida
la quiero mas inferior.

RAQUEL. Pues bien, búscala.

HERODES. Y tú eres
la que anhelo.

RAQUEL. No me avengo
á creer...

HERODES. Qué?

RAQUEL. Porque no tengo
las condiciones que quieres.

HERODES. Cómo no?

RAQUEL. Porque en tu afan
buscas humilde favor...

HERODES. Y bien?...

RAQUEL. (Con suma dignidad.) Y yo soy, señor,
de la raza de Abrahán.
Raza de muy luengos años,
de altas y limpias empresas,
en que, cual yo, hasta princesas
apacentaron rebaños.
Y pues lo cierto es así,
tu querella terminó
conmigo, señor, pues yo
no soy buena para tí.

HERODES. De todos modos te quiero.

RAQUEL. Además, estoy casada.

HERODES. Y con honradez probada.

Hé aquí por qué te prefiero.

RAQUEL. No adivino... si mi honra
en tan alta estima tienes,
entonces ¿cómo es que viénes
á ofrecerme mi deshonra?

HERODES. No, Raquel, quiero que seas
mi esposa.

RAQUEL. Y cómo ha de ser?
señor, no pueden tener
dos esposos las hebreas.

HERODES. Pues á muy poco que estudie
tu refleccion...

RAQUEL. No comprendo...

HERODES. Nada mas fácil: haciendo
que tu esposo te repudie.

RAQUEL. (Rechazándole.)
Señor!... señor, y despues?
cuando ya tuya me llame
no tendrás muger infame?

HERODES. Yo sabré que no lo es.

RAQUEL. Imposible!... á otras acude:
mugeres hay en Judea...

HERODES. Yo no quiero que lo sea
otra que tú.

RAQUEL. (Dios me ayude.)

HERODES. Y basta ya de razones:
ó vas por consentimiento
á palacio, ó al momento
te llevarán centuriones.

RAQUEL. ¿Y harás, señor, por tu mal,
que el bien de tus esperanzas
vaya, cual reo, entre lanzas
al tálamo conyugal?...

HERODES. Pues llévete á mi palacio
tu albedrio.

RAQUEL. (No hay mas medio...)
(Medita un momento.)
(Con resolucion.) Iré.

HERODES. Cuándo?
RAQUEL. (Qué remedio!)
muy pronto.
HERODES. Piensa despacio
que no debes engañarme....
RAQUEL. Si sabes que soy honrada,
la honradez no falta á nada:
puedes, señor, esperarme.
HERODES. Pues entra libre en tu hogar
que mis desvelos te dejan,
mientras cuidados me aquejan
muy lejos de este lugar.
Y hasta rendirte á mi ley
con ánsias rudas te espero.
RAQUEL. (Con un esfuerzo supremo de indignacion.)
(Muerta mil veces primero.)
(Entra en la choza.)

ESCENA XIV.

Al empezar HERODES á subir el monte,—ALEJAS se adelanta y deteniéndose en la escena dice en alta voz á los soldados.

ALEJAS. Paso á Herodes!
HEMOR. Paso al rey!
(Marcha brillante por la orquesta y los músicos del acompañamiento: ALEJAS sigue á HERODES; y cuando este ha desaparecido con todos los demás, cae el telon.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Vestíbulo del palacio de Herodes en el barrio Betzetha de Jerusalen. Gran pórtico de columnas de la época, y en el fondo esplendente cortina recamada de oro, y dividida en dos mitades para correr à su tiempo. Sobre dos basamentos ó columnas de caprichosa y riquísima hechura, habrá en uno el águila cesárea de oro, y en el otro una gran tabla con escritura hebráica en fondo de rubí y salpicada de esmeraldas, que figura ser la Tabla de la ley. Queda además al gusto y conocimientos del director de escena exornar este vestíbulo con la mayor riqueza que guste, atendido el lujo oriental del palacio de Herodes, y á que todo ello ha de redundar en mayor brillantez de la transformacion.

ESCENA I.

Cuatro esclavos de pie, inmóviles, al frente.—A la izquierda levitas y otros hombres del pueblo: unos van entrando y otros han formado ya dos ó tres grupos: un poco mas al centro—ESTHER,—MARIA,—SOBÉ—y dos mugeres sentadas en el suelo.—A la derecha varias mugeres sentadas ó de pié.—MUGER 1.ª—y—MUGER 2.ª—delante tratan de impedir que otras que van entrando se les antepongan. —Sentados en el suelo y cerca del proscenio—JUSEPE—y—REBECA.—Al levantarse el telon algunas mugeres de la derecha mueven bulla por colocarse delante.

MUGER 1.ª Nadie pasa; entré primero.
MUGER 2.ª Qué empeño! Lo mismo yo.
MUGER 1.ª Me has lastimado este brazo
con tan tanto y tanto empujon.
Atrás! (Murmullo en las mugeres.)

JUSEPE. Silencio, berracas!
Vaya un ganao feroz!
en ajuntándose cuatro,
como forman un monton,
parecen una perrera
sigun ladran con la voz.
ESTHER. Y tú pareces un lobo
en lo que ahullas.
MARIA. Simplon.
SOBÉ. Mentecato.
MUGER 1.ª / MUGER 2.ª Fuera, fuera.
JUSEPE. (Mirando á un lado y á otro.)
Todas contra mí? Mejor.
Ahora lo vereis.
(Vá á levantarse y lo detiene REBECA.)
REBECA. Qué haces?
JUSEPE. Voy á darles una coz.
REBECA. En el palacio, Jusepe?
JUSEPE. Huy! verdá; se me orvidó.
REBECA. Y que vá á salir el rey!
JUSEPE. Siempre la mesma cancion!
que viene el rey! que te come!
(Ahuecando la mano junto á la boca, aparte á REBECA.)
esto no es vida, es atroz.
Pus ya podia haberse muerto
de arfeliche ó sarampion,
ó haberse marchao á Roma
por un sigro ú cinco ú dos,
que esta tierra no es su tierra
que es tierra de promision,
y que por allá se quede
hasta que lo llame yo;
que á mí mardita la falta
que me hace el rey.
REBECA. Chiton
y basta ya de simprezas.

JUSEPE. Lo mandas tú? se acabó.
REBECA. Y ahora sígueme contando
con todo su pormenor
aquella vesita al Niño.
JUSEPE. Sigamos.—Mas de un millon
de luces habia en la cueva:
qué bonitura y primor!
mas de milenta angelitos
caa uno de ellos como un sol
cantaban unos pitios
diciendo ¡viva el Señor!
pues y el Niño! qué pintura!
si parecia!... qué sé yo,
mas alegrete y risueño
mirando á tóo al ridídor
como una presona grande,
y daba una confision
de verlo, y como rispéuto
y jubílo y jasta amor:
asin es que en su prisencia
cortao Isac se quedó
como el que vé chiribitas:
tan boqui-abierto Jacob;
y yo, la verdá, tembrando
toito lleno de emision
y de ajogo y riconcomio
que se me muó la voz:
le dimos nuestro regalo
que su padre agradisió
con muncha discortesía,
y alevantándonos toos
mos despeimos al punto
por no incomoar, y ar son
de las voces y estrumentos
dijimos,—ya se acabó:
señon José, güenas noches:
señá Maria, con Dios.
REBECA. Y no quisísteis llevarnos?

JUSEPE. Tambien vosotras? que nó;
aquello es groria y la groria
es solo para el varon:
las jembras van... á la cárcel;
y desde que Eva pecó
no se cuenta para nada
con mugeres.

REBECA. Viene Hemor.

JUSEPE. (Zambomba!) (De un salto se levanta y vá á colocarse entre las mugeres de la derecha.)

ESCENA II.

Los mismos:—HEMOR—por segundo término izquierda.

HEMOR. Gente hay bastante...
Mas ¿qué es esto? Por mi vida!
sentados y sin respeto
los miserables levitas!
de pié todos, y ancha plaza
(Todos los personages se levantan en silencio, colocándose en sus respectivos lados con humillacion y temor.)
á la magestad invicta
del rey Herodes!

JUSEPE. (Despóta.)

HEMOR. Mas atrás, porque no impidan
el paso de los doctores;
y pues con ánsia tan viva
su justicia aquí buscais,
muy pronto tendreis justicia.

ESCENA III.

Dichos,—ALEJAS—por la derecha segundo término.

HEMOR. (Saliendo á su encuentro.)
Señor, volviste del valle?

Viene el rey?

ALEJAS. Dentro de poco.
Ya dí con los estrangeros
que han llegado.

HEMOR. ¡Cuánto asombro
demostró Herodes tu hermano,
al saber que sin rebozo
en donde quieran que paran
preguntan á unos y otros
por el rey recien-nacido!
Sañudo poniendo el rostro
preguntóme:—¿Un nuevo rey?
pues ¿quién soy yo?—Por el trono
de Judá que he de buscarlos,
y puesto que son astrólogos,
me han de decir de ese niño
el pasado y el horóscopo.

ALEJAS. Son astrólogos y reyes
del Oriente, y traen en torno
numerosa comitiva,
y aun dicen cargas de oro:
vienen haciendo camino
de dromedarios en lomos
y esclavos guardan su sueño
y en tiendas hallan reposo.
Puesto ya en grave cuidado
mi hermauo, al anuncio solo
de sus preguntas, sabiendo
que volvian el recodo
de Anathot, y que por fuerza,
por un camino ó por otro,
habian de llegar al valle
de la Cisterna, azaroso
mandóme allí á recibirlos,
y enterarme de ese modo
del objeto que les trae
desde pueblos tan remotos.

HEMOR. Y preguntaron?...

ALEJAS. No guardan
en sus preguntas rebozo:
—«Dónde está el recien-nacido
rey de los judios.»—Absorto
quedéme: no tiene Herodes
hijos en la cuna: ¿cómo,
pues, dar con el niño rey
que buscan?

HEMOR. Lance pasmoso!
¿Y por qué se han dirigido
á Judea? De que modo
aquí piensan encontrarlo?

ALEJAS. Segun refieren atónitos
les ha guiado una estrella
que despareció en el fondo
del valle.

HEMOR. Serán ardides
de guerra?

ALEJAS. Tal vez... lo ignoro.
Uno es venerable anciano
de Mesopotamia; otro,
el de Arabia, trae curtido
y casi cobrizo el rostro,
y el de la Persia es tan jóven
que apenas le apunta el bozo.

HEMOR. Y bien?...

ALEJAS. Prevalido entonces
de que el astro misterioso
les ocultaba sus rayos,
halagando sus antojos,
díjeles que aquí hallarian
en Jerusalen, el logro
de sus deseos; que Herodes
consultaría á los doctos
príncipes y sacerdotes
sobre el nuevo y portentoso
nacimiento de ese niño
de su reino en el contorno;

y si era cierto, uniría
á las ofrendas de oro,
incienso y mirra que traen,
la suya tambien él propio:
pero que miéntras tendria
sumo placer y alborozo
en darles aquí hospedage
real y digno de su sólio.

HEMOR. Y dijeron?...

ALEJAS. Que vendrian.

HEMOR. Faltarán?

ALEJAS. No me acomodo
á creerlo: ya alzaron tiendas.

HEMOR. Y Herodes...

ALEJAS. Con ceño torvo
ha juntado á los rabinos
y demás sábios, y prontos
le dán en este momento
de su juicio testimonio.

HEMOR. Por eso demora hoy tanto
la justicia.

ALEJAS. No supongo
que tarde mucho: (Mirando á la izquierda.)
al contrario,
se acerca ya.

HEMOR. (Dirigiéndose á los concurrentes.)
Órden en todos.

ESCENA IV.

ALEJAS—á la derecha,—HEMOR—á la izquierda,—tracios y germanos que se colocan en el fondo delante de los esclavos: tres doctores de la ley que se situan delante de los guardias.—HERODES—se dirige al centro, con manto de púrpura y corona de laurel: cuatro soldados romanos van á cubrir las laterales de salida, dos á cada lado.—El pueblo queda inmóvil, silencioso y en los sitios que ya ocupaba.

ALEJAS. Empieza el rey su justicia:

demandad.
(Un levita se adelanta un poco, inclinándose con humillacion.)

HERODES. Tu eres Lithargo,
el mismo que ayer queria
ayuda de mis soldados...
(El levita se inclina.)
¿Y qué hacer contra esa gente?
si han dado muerte á tu hermano,
júntate con cien levitas
y sal sin miedo á buscarlos.
Con pretesto de bandidos
talan y pueblan los campos
los descontentos, y en lucha
se han puesto con los romanos.
Te pregunto y no me dices
quién es el que lo ha matado:
¿cómo, pues, ir en su busca?
Vete. (El levita se retira.)
Vosotros, en tanto
que no me deis mas noticia
del robo, podeis marcharos
tambien. (Se van.)
Demandad, vosotras.

MARIA. Señor, por hacerme daño
me niega Samuel el hijo
dos sestercios que le he dado.

HERODES. ¿En pago de algun objeto?

MARIA. No, señor, que no fué en pago.
En préstamo.

HERODES. Y te los niega?

MARIA. Pretende que fué un regalo.

HERODES. Por qué?

MARIA. De boda.

HERODES. Y no es cierto?

MARIA. Soy pobre y no tengo tantos
para regalar.

HERODES. Pues vete:

te los pagará. (Váse Maria.)

SOBÉ. Reclamo
señor, tu ley, contra un hombre
que ayer mismo me ha jurado
vengar en mi hacienda toda
ofénsas que há mas de un año
dice le infirió mi esposo.

HERODES. Pero quizá te ha causado
ya algun mal?

SOBÉ. No todavia.

HERODES. Pues mientras no llegue el caso,
no puede hacerse justicia. (Sale Sobé.)
Vosotras.

ESTHER. Señor, criamos
Sara y yo nuestros dos hijos
que son varones entrambos:
pues juntas hemos vivido
ellos juntos han estado,
durmiendo en la misma cuna
y la misma ropa usando;
pero hoy que reñí con Sara
me disputa, y no es esacto,
que toda la ropa es suya.

MUGER 1.ª Si, señor, y la reclamo.

HERODES. Basta de cuentos; partidla
por igual y dejad paso.
Y tú ¿qué pides, pastora?

REBECA. Señor, perdona á mi hermano,
que como es tan simpretina
está desde ayer soñando
con...

HERODES. Pero ¿qué es lo que ha hecho?

REBECA. Naitica, si ese es er caso;
que no ha hecho naá y ha vinío
á darte un dijusto; claro.

JUSEPE. (¿Y vas abrirle el sintío
pa que ma tropelle?)

HERODES. Vamos,

acabad.

REBECA. Pus es la cosa...

JUSEPE. (Recatándose con ella.)
(Con tiento.)

REBECA. Rey nuestramo;
este dice que es preciso
que mandes á tus sordaos
que no lleven esas picas,
ni pinchos, ni sables largos
ni cortos, porque se asusta...

HERODES. Qué piden estos villanos?

REBECA. Y añíe que el rey que es rey
debe cuidar sus vasallos;
darles pan, si tienen jambre;
si tienen mieo, quitárselo:
y debe á mas...

HERODES. Por mi nombre!
fuera ya.

REBECA. (Lo estás mirando?)

JUSEPE. (Vamos, que se pone feo.
Por via der dimoño malo!...) (Salen.)

HERODES. Ignorantes, atrevidos,
por el lance mas liviano
acuden á la justicia,
cual sinó hubiera mas altos
asuntos de que ocuparse:
doctores el juicio acabo:
podeis iros desde luego,
que la audiencia ha terminado.
(Al salir los doctores por la izquierda, entra RAQUEL.)

RAQUEL. (Derecha.) Aun no.

HERODES. Raquel! Ya propicia
de mi fortuna hallo el modo.
Despejad. (Todos salen por ambos lados.)

ESCENA V.

RAQUEL.—HERODES.

RAQUEL. Antes de todo
vengo á pedirte justicia.
Y vé que al estar aquí,
á la vez que te la pido,
como leal, he cumplido
la palabra que te dí.

HERODES. Justicia tú? La has de ver:
¿pues quién en Judá se atreve
á agraviarte? en el aleve
grave escarmiento he de hacer.
Habla, Raquel; no te enoje
la duda que á ello me obligo;
pide para tu enemigo
la pena que te se antoje.

RAQUEL. *Tú se la impondrás; que es ley
*cuando aquí un vasallo gime
*porque otro fiero le oprime,
*que le desagravie el rey.
Oye. Mi padre Nathán,
viejo honrado y con decoro,
pequeño y pobre tesoro
llegó á juntar con afán.
escondiólo en su guarida
con ilusion placentera,
porque aunque pequeño, era
el tesoro de su vida.
En él sin temor ni duelo,
contemplaba entusiasmado,
el fruto de su pasado,
de su vejéz el consuelo.
Y en esta delicia avara
engriéndose oportuno,
jamás creyó que ninguno

en quitárselo pensára.
HERODES. Y qué?
RAQUEL. Labrador vecino
que tiene mas rica hacienda,
dando á sus instintos rienda
acechóle en su camino;
y en el escondido oro
rapáz poniendo la mente,
con ánimo delincuente
le ha sorprendido el tesoro.
HERODES. Un robo! negra codicia!
no habrá pena que me cuadre:
dile, Raquel, á tu padre
que le haré pronta justicia.
RAQUEL. *Oh! señor; á nada iguala
*el pesar de sus enojos:
*lágrimas brotan sus ojos;
*suspiros su pecho exhala:
*y amenguándose su vida
*del cielo favor implora;
*y en tanta pobreza, llora
*por su ventura perdida.
La muerte fuera mejor
que el dolor que le traspasa.
HERODES. Pero el tesoro?...
RAQUEL. En su casa
lo tiene ya el labrador.
HERODES. Se lo quitó?... ¡Por la luz
que haré un egemplar que asombre
á todo el reino! ese hombre
merece muerte de cruz.
Alejas! (Llamando.) hombres villanos
los que tienen mas riqueza!
responderá su cabeza
de lo que hicieron sus manos.

ESCENA VI.

Los mismos.—ALEJAS.

ALEJAS. ¿Qué me ordenas?
HERODES. Con desdoro
muera de muerte cruel,
el que al padre de Raquel
le ha robado su tesoro.
ALEJAS. Se obedecerá tu ley.
Fué preso?
RAQUEL. No, por mi injuria.
HERODES. Que lo traiga una centuria.
ALEJAS. Su nombre?
RAQUEL. Tu hermano el rey.
HERODES. Yo?
ALEJAS. Raquel!!
RAQUEL. Lo dije asi
y ayúdete la memoria,
que á repetirte la historia
verás como no mentí.
Pobre y sola y sin abrigo
Isac Nathán, hoy lloroso,
es mi padre mas que esposo,
y mas que padre mi amigo.
Con celo y amor logró
poseer al fin un tesoro
para él mas rico que el oro;
y ese tesoro soy yo.
Viólo un labrador vecino
—que es el rey—y en su avaricia
olvidando la justicia
acechólo en su camino;
Y en el escondido oro
audáz poniendo la mente
con ánimo delincuente
le ha sorprendido el tesoro.

HERODES. Mas ¿yo te he robado?
RAQUEL. Y quién
del vecino asi ha juzgado?
tú te lo has imaginado
y lo imaginaste bien.
No he dicho que lo robó,
sinó que en poder sin tasa,
lo tiene en su propia casa...
y en tu palacio estoy yo.
HERODES. Trama urdiste manifiesta
que como traicion acojo.
RAQUEL. Señor, si moví tu enojo
estoy á morir dispuesta.
HERODES. Vete, Raquel; tu malicia
por hoy solo te ha salvado.
RAQUEL. (Él mismo se ha sentenciado.)
HERODES. (Yo mismo me haré justicia.)

ESCENA VII.

HERODES.—ALEJAS.

HERODES. Evitemos la violencia,
de hoy mas con esta muger;
ya la deseo obtener
sin lucha ni resistencia.
Ese carácter vehemente
y altivo, mis gustos traza,
y cuanto mas me rechaza,
mas se me graba en la mente.
*No hay en Judea otra alguna
*que tal me tenga sujeto,
*y he de conseguir mi objeto
*ó con ella ó con ninguna.
*Pero pues que no me escucha
*ni la pompa real la ciega,
*y cuanto mas se la ruega
*ó se le impone, mas lucha,

*escójase otro remedio
*que su voluntad doblegue
*y que ella sea la que ruegue:
*ya buscaremos el medio.

ALEJAS. *Que ruegue? Difícil es:
*un alma tiene tan fiera,
*que á comprenderlo, muriera
*sin ceder á tu interés.

HERODES. *Pues como asi lo creí
*por eso evito esa suerte;
*que antes que para la muerte
*la quiero yo para mí.
Ya veremos; imagino
que meditando el asedio,
tal vez por distinto medio
hallaremos el camino.
Haciéndole comprender
al esposo... un hijo tiene...
y si quitarlo conviene...
bien podremos escojer.
En tanto...

ESCENA VIII.

Los mismos.—HEMOR—por la izquierda.

HEMOR. De tu bondad
aceptando la alta oferta,
van entrando por la puerta
de Damasco, en la ciudad,
esos magos del Oriente
que ayer llegaron al valle,
y á verlos, bulle en la calle
maravillada la gente.

HERODES. ¿Está todo prevenido,
Alejas?

ALEJAS. Cual lo mandaste.

HERODES. ¿Vino el ámbar de Sebaste?

ALEJAS. Nada, señor, dí al olvido.

HERODES. Pues bien, que mi pueblo todo
encuentre al momento abiertas
de mi palacio las puertas
y en él fácil acomodo.
Que ocupen las galerias
curiosos de todas greyes,
y el cortejo de los reyes
y sus guardias y las mias.
Esclavos vengan aquí,
y hagan honor centuriones
á los magos; y mis dones
hoy al pueblo hablen por mí.
Corre, Alejas, y tú, Hemor,
celo en tu gestion emplea,
y probemos que en Judea
hay mas que en Persia, esplendor.

ESCENA IX.

HERODES.

HERODES. (Pensativo.)
La estrella se ocultó... bien se comprende...
mis sábios y doctores me lo han dicho:
no era Jerusalen la destinada...
mas quién sabe tal vez!... y si ha nacido
dentro de sus murallas!... y si enfrente
quizá lo tengo de mi alcázar mismo!...
(Suenan trompetas cercanas.)
Los magos!... de la duda que me asalta
no quiero darles, por mi mal indicios,
que conviene á mi plan que me descubran
deseo de allanarles el camino.

ESCENA X.

ALEJAS,—HEMOR,—tracios y germanos que se colocan al frente delante de cuatro esclavos; centuriones que forman á la izquierda.—Puntos de atencion mas cercanos.—Entran los tres reyes, seguidos del acompañamiento de persas, árabes, etiopes y esclavos que se colocan detrás de ellos, á la derecha.

GASPAR. Herodes! yo, Gaspar de la Magodia,
señor del Tigris que abundoso riega
la patria de Abrahan, hoy te saludo
con noble anhelo y gratitud inmensa.
(Saludo oriental.)

BALTASAR. Yo, Baltasar, que ciño la corona
de la Arabia Feliz y la Petrea
do en bancos de coral el sol descansa,
te saludo tambien con fé sincéra.
(Saludo idem.)

MELCHCR. Yo, Melchor, poderoso de Occidente;
astrólogo y señor, mago de Persia;
dueño del Khorasan y sus tesoros,
te saludo á mi vez con alma ingénua.
(Saludo idem.)

HERODES. Y yo, Herodes primero, Ascalonita;
Tetrarca superior de la Judea;
Pontífice además de la Milicia
de Sesto, Protector de la alta tierra
de promision, Gobernador supremo
y Prefecto leal de Galilea,
os saludo y hospedo jubiloso
en mi palacio egregio de Bezetha.
(Saludo oriental por los cuatro.)
Qué os conduce á Judá?

GASPAR. Ya te lo han dicho:
en pos venimos de luciente estrella
que anuncia el nacimiento del Mesias
segun la prediccion de los profetas.

mas ¡donde hallarle! nos veló sus rayos
en el valle cruel de la Cisterna,
y aqui no vemos seña ó regocijo
que nos indique la morada régia
de ese Niño feliz.

HERODES. Y bien, decidme:
la estrella os designó siempre la senda?
Há mucho que la visteis?

MELCHOR. Doce dias.

HERODES. Y vino al Occidente?

GASPAR. Clara y recta.

HERODES. (Con ira reconcentrada.)
Luego es aquí el lugar!..

BALTASAR. Aquí sin duda;
pero ayuda, señor, á nuestra empresa:
¿has juntado á tus sábios y rabinos?

HERODES. Hace poco los tuve en asamblea.

MELCHOR. Y ¿qué opinan los doctos del Mesías
que Irán profetizó?

HERODES. Que está muy cerca,
segun dijo Daniel, su nacimiento.

MELCHOR. Y dónde ha de nacer?

HERODES. Sus juicios eran
que en Betlhen de Judá.

GASPAR. Gloria á los cielos
que nos alumbran en la fausta nueva!!
Hermanos, prosigamos nuestra ruta.

HERODES. No tan pronto, señores; la prudencia
aun ecsije mayores claridades,
opiniones mas fijas y concretas;
¡Quién sabe la verdad! los tres en calma
meditadlo solícitos; y miéntras
podeis descanso hallar en mi palacio
y admitir las vïandas de mi mesa.

GASPAR. Como cumpla, señor, á tus antojos.

HERODES. Me hareis mucha merced.—Vamos, Alejas.

ALEJAS. Paso al salon y que la córte toda
preste á los reyes la debida ofrenda.

(Los esclavos corren las cortinas del fondo, quedando á ambos lados.—Salon oriental, al cual se sube por escalinatas: este salon está dominado por una galería cuadrilonga, cerrada por balaustrada romana con remates de armas, pebeteros, candelabros, bustos, águilas y otros adornos de la época: en el centro del salon la mesa que será baja, suntuosamente servida: en la presidencia el asiento de HERODES, en forma de trono, superior á los demás: otros cuatro asientos para los MAGOS y ALEJAS: á ambos lados grandes escaparates con la vajilla real. Hermosos grupos de columnas sostienen la techumbre cubierta con lujosa tela de oro, y todo ello adornado y decorado con el gusto asiático: lámparas, colgaduras, estátuas, alfombras, espejos, tapices, etc. A la derecha de la mesa un oficial con el estandarte verde de Judá.)

ESCENA XI.

El acompañamiento de los magos queda abajo: al descubrirse el salon, toda la galería se halla llena de gente: mugeres, niños, levitas, israelitas, pastores, pueblo: entre ellos—REBECA—y—JUSEPE;—é intercalados, tracios, germanos, romanos, unos armados y otros de curiosos: esclavos en el salon dispuestos al servicio de la mesa: esclavas en los estremos con pebeteros en las manos:—HEMOR—sube y se coloca á la izquierda de la mesa;—HERODES—y los magos se sientan:—BALTASAR—á la derecha del rey: á la izquierda—GASPAR:—al costado derecho—MELCHOR;—al izquierdo—ALEJAS.—En los estremos de la galeria, y en la parte baja hay dos grandes pabellones con ricas colgaduras; al verificarse la transformacion, la orquesta rompe con una fuga que debe durar mientras los reyes se sientan, y apenas empieza el banquete, cuatro esclavas que hay á los lados levantan estas colgaduras y aparecen las ninfas, guardando graciosas posiciones: en seguida bailan una danza egipcia, que no debe ser corta, pues dura toda la comida. Concluido el baile las ninfas vuelven á entrar bailando bajo los pabellones, caen

las colgadoras y se levanta—HERODES—que baja con los reyes; detrás—ALEJAS—y—HEMOR:—cuando ya se hallen en el proscenio, se ván poco á poco despejando las galerías y el estrado, hasta quedar solamente en ellas los guardias armados.—Cesa la música.—Al terminar el baile y mientras se levantan y bajan los reyes, dice—JUSEPE—desde la galería.

JUSEPE. Ah! já, já! que man gustao
esas güertas en reonda
y esas...

REBECA. Calla, Jusepillo,
que como sigas, te cortan
er piscuezo.
(Murmullos de los soldados imponiendo silencio.)

JUSEPE. (A Rebeca.) Pus es güeno!
no poer uno abrir la boca
sin tragarse argun sordao
como si fuera una mosca!
(Nuevos murmullos y movimiento de lanzas.)

REBECA. Lo ves tú? Te has proponío
que mos maten.

JUSEPE. Pus sal pronta.

BALTASAR. (Abajo.) Si los reyes de la tierra,
Señor de pompa blasonan,
tú, mas que ninguno de ellos
ostentas riqueza y pompa:
el mismo César Augusto
que ciñe imperial corona,
no reunirá tanto lujo
en su palacio de Roma.
Has juntado aquí del Asia
la magnificencia toda,
de la Arabia la molicie
de sus plantas los aromas,
las alhajas del Egipto,
el brillo de Babilonia,
el oro y sedas de Persia
y los encantos de Europa.

HERODES. Oh! no, que es de mis artistas
en ese punto la gloria:
diles proteccion y ayuda,
y con alma laboriosa
han levantado del reino
la fama y prez que les honran...
Pero ¿os vais?

GASPAR. Si nos permites
es bien ya que la zozobra
calmemos, saliendo en busca
del objeto que ambiciona
el corazon: tus doctores
han opinado de forma
que si otra vez nos alumbra
la divina conductora,
sabrás que dentro de poco
el intento se nos logra.

HERODES. Pues bien; yo como vosotros
siento en el caso la propia
ansiedad, y ya deseo
saber del Niño la historia.
Id á Betlhen que no dista
apenas de aqui dos horas,
y si le hallais, os suplico
me mandeis noticia pronta
para que tambien yo pueda
ir á adorarlo en persona;
que á no tener en palacio
cuidados de mucha monta
al par con vosotros fuera
á buscarle desde ahora.

GASPAR. Bien puedes quedar tranquilo,
señor, que apenas gozosa
haya descubierto el alma
el fin que la embarga toda,
tendrás aviso, cual cumple
á rey que tan bien se porta.
En tanto, el cielo proteja

el brillo de tu corona.

HERODES. Que por buena y favorable
la empresa se os haga corta.

(Al salir los reyes con su acompañamiento tocan dentro dos puntos de atencion á distancia uno de otro: tambien se van los centuriones y solo quedan algunos soldados distribuidos en el salon alto y galería que lo domina.)

ESCENA XII.

HERODES,—ALEJAS,—HEMOR,—al fondo: soldados arriba.

HERODES. (Se adelanta pensativo.)
Se fueron!... y ahora bien ¿es por acaso
á ese Dios á quien temo en mi memoria?...
no es á Dios, es al príncipe, á la gloria
feliz de su victoria
al llevar su pendon de Oriente á ocaso...
Pero ¿será verdad?... ¿No será trama
por enemigos de mi trono urdida
en pró de otra ambicion, hoy escondida,
que al amagar mi vida
amaga mi poder y hasta mi fama?...
*¿Habré yo cimentado por mí mismo
*el trono de Judá, con la traidora
(Con voz reconcentrada.)
*falange de sicarios destructora,
*para dejar ahora
*que implacables me lleven al abismo?...
*¿Habré pulverizado con encono
*este pueblo que no se reconcilia,
*para dar de David á la familia,
*tras tanta y tal vigilia
*líbre la senda que la lleve al trono?...
*¿Será, si mi poder ya se derrumba,
*este cetro, en mis manos hoy tan fuerte,
*caña maldita y débil y de suerte,

*que el viento de la muerte
*la rompa sin piedad sobre mi tumba?...
No; si ese niño que me presta agravios
es príncipe ó es Dios, que muera importa:
así mil bienes la Judá reporta,
y al par así se corta
la esperanza y el sueño de los sábios.
*No tendré compasion mal entendida,
*pues Athalía, si á su fin me ciño,
*por piedad, al matar, ó por cariño,
*dejó olvidado un niño,
*y ese su trono le quitó y la vida.
Oh! no tendré compasion:
la tardanza es un tormento:
Hermano... Hemor... al momento...
(ALEJAS y HEMOR bajan al lado de HERODES.)

ALEJAS. ¿Qué ordenas?

HERODES. (Con ira tremenda y como imponiéndoles con reserva, actividad y fiereza sus ideas.)
Sin dilacion
sal tras los magos de Oriente,
síguelos y donde paren,
sin que ellos en tí reparen,
venme á decir diligente.
(Seña de HERODES para que se retire.)
Tú, Hemor, prepara soldados
en numerosas cuadrillas,
y de tajantes cuchillas
que vayan todos armados.
Y comenzando en Betlhen,
cuanto abarque el horizonte
en valle, ciudad y monte,
hasta aquí en Jerusalen,
has de registrar de suerte,
venciendo secreto y dolo,
que no haya un niño tan solo
á quien no le deis la muerte.

HEMOR. Señor!

HERODES. A tu celo activo
encomiendo este trabajo:
de dos años para abajo
no ha de quedar uno vivo.

HEMOR. (Dando intencion á la palabra.)
Mas... ¿todos... sin escepcion?

HERODES. (Advirtiéndolo.) Por qué me dices?...

HEMOR. (Con cierto embarazo.) Raquel...

HERODES. Es verdad! (Para sí.)
(De pronto y con resolucion.) Tambien á él:
á todos... degollacion!!

(El rey señala á HEMOR su salida, y se dirige al salon alto: la orquesta, pisando la última frase de HERODES, rompe en el toque de degüello del acto cuarto, y cae el telon.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Selva corta al primer bastidor: toda la parte de proscenio figura un camino que atraviesa: á derecha é izquierda matorrales y peñones escuetos: empieze á oscurecer.

ESCENA I.

REBECA,—ESTHER,—SOBÉ,—MARIA,—MUGERES 1.ª y 2.ª—algunas pastoras y—JUSEPE—que salen por la izquierda: todas las mugeres traen cestas ó canastillos con almendras, nueces, flores y otros presentes.

JUSEPE. (Deteniéndose á la derecha del proscenio.)
Anque ya queda mu poco,
digo que me he de parar,
que sois capaces de andar
mas que corre un burro loco.
ESTHER. No, Jusepe, que ya es tarde
y Phalár me echará menos.
JUSEPE. Que sispere.
MARIA. Y á mí Hénos
que me aguarda.
JUSEPE. Que saguarde.
REBECA. Tengo tal curiosidad
por ver á ese Niño...
JUSEPE. Aguanta.
SOBÉ. Yo, sinó más, tengo tanta.
PASTORAS. Y yo, y yo, y yo.
JUSEPE. Jeh! callad.

REBECA. Vaya un hombre!! (Haciéndole burla.)

JUSEPE. Bien y qué?
me he cansinao.

ESTHER. Tormento!

JUSEPE. No me aprinteis, que me asiento...

TODAS. A que nó!

JUSEPE. (Dejándose caer en el suelo.)
Ya me asenté.

REBECA. Qué lástima de paliza!
verás si pillo una vara
(Buscándola en el matorral.)
como te vá á salir cara...

JUSEPE. ¿La has pillao? Pus atiza...

REBECA. (De pronto tirando la vara.)
Vamos pa arriba con él,
muchachas...
(Todas le agarran del uno y otro brazo y pretenden en vano suspenderlo y levantarlo.)
Aupa!!

JUSEPE. No jupo...
Disperad.
(Todas se quedan inclinadas sobre él, sin soltarle los brazos y como aguardando lo que vá á decir.)

JUSEPE. (Contemplándolas y dando á cada frase la intencion que necesita.)
¡Qué hermoso grupo!...
para dárselo á Luzbel.
(Todas le sueltan con enojo.)

ESTHER. Anda, bobo.

JUSEFE. Qué cariño!
Vamos, tened mas sosiego;
sentáisos aquí que aluego
sus llevaré á ver al Niño.
(Se sientan todas al rededor de Jusepe.)
(A Esther, que le dá un manotazo en la cabeza.)
Qué alegre tienes la cara

y qué risueña y prepicia!
Como el rey te ha hecho justicia
en tus querellas con Sara!...

ESTHER. La mas razonada y propia:
—Partid la ropa, nos dijo,
entre el uno y otro hijo:
fué justicia.

JUSEPE. Pero es copia.

REBECA. Pues! Tuya.

JUSEPE. Si fuera mia!
yo no sé letra de ley:
antes que él la hizo otro rey
muncho mejó construia.

REBECA. Quien la costró?

ESTHER. Es de razon
y no lo asegura en vano,
que se refiere tu hermano
al juicio de Salomon.

JUSEPE. Pues! (A REBECA y las que están á su lado.)
Dos madres se apropiaban
un niño y con fiero enojo
pa derimir el antojo
ante el rey se querellaban.
Este, buscando el rimedio,
mandó con sagacidá
partirlo por la mitá
y á cada muger dar medio.
Una se opuso, otra nó,
y encontrando en la primera
á la madre verdaera
á la otra la castigó.
Y asina sus gritos locos
arremató justiciero
y con chirúmen.

ESTHER. Ya! pero
como Salomon hay pocos.
Desde pequeñuelo fué
dando pruebas cada dia

del talento que tenia.

JUSEPE. Qué sabes de él?

ESTHER. Algo sé.
Verás.—Chicuelo jugaba
con otros niños y viólo
el padre, y por esto solo
creyendo que se viciaba,
se acercó y le preguntó
con acritud manifiesta,
—Qué haces, Salomon?... contesta...
y el rapáz no contestó.
—Responde pronto ó concluyo
por castigarte y te aflijo;
—Qué haces, Salomon?—Y dijo
«Dar al tiempo lo que es suyo.»
(Marcando la mácsima.)

REBECA. Y eso qué?...

ESTHER. Una gran verdad!
con esto dióle á entender
que cada cual ha de hacer
lo que se amolde á su edad.

JUSEPE. Justo! y si bien lo escrudiño
dijo que hará con too nombre,
el hombre cosas de hombre,
y el niño cosas de niño.
Mas ya que prisuntuosa
el saberlo too imaginas,
vamos á ver si adevinas
otra cosa.

ESTHER. Dí que cosa.

TODAS. Díla, sí. (Con algazara y palmoteo.)

JUSEPE. Pero sin gresca
porque sinó me revelo:
(Muy marcado.)
¿Cual es del pescao de anzuelo
siempre la parte mas fresca?...

ESTHER. (Pensando.) La cabeza.

JUSEPE. Esa no vale.

REBECA. (De pronto.) El lomo.
JUSEPE. Te pintas sola
pa no discurrir... (Con acento de triunfo y mirándolas á todas) La cola!!
que es lo último que sale.
REBECA. Qué gracia!
ESTHER. Tiene razon:
si antes sale la cabeza,
antes.....
JUSEPE. Pues esa agudeza
tambien es de Salomon.
¿Has visto? Y paece mintira
que un rey de tanto talento
pirdiera el intindimiento
como lo pirdió.
ESTHER. Me admira:
¿por qué?
JUSEPE. Por tener prisentes
y á su lado, entre otras varias,
veinte esposas pripetarias
y mas de ochenta suprentes.
¡Quién se atrive á risponder,
sin que el dimoño se asombre,
que puede ser dengun hombre
sábio con tanta muger!
Imposible! lo igo pronto
y no me güervo pa trás:
pues si es con una no más
y lo ponen á uno tonto!...
Y sinó, se puede ver:
pa que el hombre caiga en yerro
cual se azuza á un gato un perro,
azuzarle una muger;
y sale despavorío
y se pone tirulato
y jase fu! como el gato
y araña y pierde el sintío.
REBECA. Calla, simpron.

ESTHER. Tú qué sabes!

JUSEPE. Vaya un par de pareceres!
pa cacumen de mugeres
son estas cosas mu graves.

MARIA. Vámonos ya?

JUSEPE. Otro poquito,
que vuestra priesa no es tanta,

REBECA. (A las mugeres que tiene al lado.)
(Vereis cómo se levanta.)

(Se levanta recatándose de JUSEPE y se dirige de puntillas, mirando atras, al fondo izquierda, segundo término.)

JUSEPE. Y discansar necesito.

ESTHER. (Con amenaza burlesca.)
Te levantas?

JUSEPE. Toavia no.

REBECA. (Fingiendo asustarse y con un grito ahogado.)
Qué veo! Por la gayomba
vienen sordaos.

JUSEPE. (Dando un brinco y poniéndose de pié.)
Zambomba!

(Al mismo tiempo se levantan todas.)

REBECA. (Riéndose y haciéndole burla.)
Te engañé!!...

TODAS. (A coro y al mismo tiempo y con el propio tono que REBECA.) Se levantó!!

JUSEPE. Si agarro... en fin, no me ostino,
que aunque está cerca la cueva,
ya vereis cómo se lleva
un rato largo el camino.
Cuidiado con el rispeto
ante la hermosa criatura
y muncha discompostura
que es mu sagrao el ojeto.

REBECA. Yo, caita vez que lo nombro
con el arma mintusiasmo;
ma dicho Isac que es un pasmo;
que su cara es un asombro.

ESTHER. Frutas llevo á sus primores
y he de adorarle mil veces.
MARIA. Pues yo almendras.
SOBÉ. Y yo nueces.
MUGER 1.ª Y yo tortas.
REBECA. Y yo flores.
JUSEPE. Asin, asin, con cariño:
toitos regalos de bodas;
pus bien; preseguidme todas;
vamos á ver al Dios Niño.
(Al dirigirse todos hácia á la derecha, salen RAQUEL y JACOB.)

ESCENA II.

Los mismos,—RAQUEL,—JACOB.

RAQUEL. (Agitada.) Esther, Maria, Sobé...
feliz al fin que os encuentro:
os buscaba.
ESTHER. Qué sucede?
¡qué agitacion!
RAQUEL. Me estremezco
de pensar... sois mis amigas
y daros aviso debo.
MARIA. Pero ¿qué pasa?
RAQUEL. Jacob
os dirá...
JACOB. Tampoco puedo
respirar, que me ha traido...
JUSEPE. (Aparte á Jacob.)
¿Es que el rabadán sa muerto?
JACOB. (Idem.) No, que es peor todavía.
ESTHER. Vamos, habla: dílo luego.
JACOB. Bajaba yo á medio dia
por el arroyo del Cedro
hácia el valle de la Torre
donde el rebaño tenemos,

cuando al volver el recodo
del monte, á muy corto trecho
diviso, hablando agitados,
centuriones á lo lejos.
Juzgué que sería reyerta
y algo curioso me acerco;
ocultéme para oir
lo que estuvieran diciendo,
y al enterarme, temblaba
sin saber si darles crédito.
—No quiero matar chiquillos,
exclamaba uno colérico;
Pues yo sí,—decia otro.
—Tanto importa, oficio es nuestro,
dijo un sayon,—y en matarlos
la órden del rey obedezco.
(A medida que adelanta la relacion de JACOB, las mugeres van dando mayores muestras de indignacion y sobresalto.)
—Y si lo ha mandado Herodes,
otro añadió,—no hay remedio;
de dos años para abajo
han de morir todos ellos.
(Consternacion general en las mugeres.)
—Pues vamos á la matanza,
otro resolvió, y se fueron.
Irse y salir yo azorado,
fué cosa de un mismo tiempo,
y al punto volé á la choza
para contar el suceso.

ESTHER. (Muy agitada y sin saber qué hacer.)
Pero es horrible, es horrible,
y el motivo no comprendo.

MARIA. Yo voy á esconder mi hijo.

SOBÉ. Yo voy á mi choza luego
y Dios me dará su ayuda.

RAQUEL. Qué infamia!

ESTHER. Apenas lo creo.

MARIA. No sé qué hacer.
JACOB. Los verdugos
son muchos, segun dijeron,
y en numerosas cuadrillas
van por el campo y el pueblo.
SOBÉ. Oh! si á mi choza habrán ido...
ESTHER. Si van por el mio, primero
me dejo arrancar la vida.
RAQUEL. No perdamos un momento:
recojed cada una el suyo
y en mi cabaña os espero:
Jacob, tú te quedarás
con mi pobre Isac enfermo,
y dando aviso á otras madres,
llenas de igual desconsuelo,
nos iremos á un refugio
que he pensado.
TODAS. ¿Cual?
RAQUEL. (Con resolucion.) El templo.
En el átrio guarecidas
con nuestros hijos, veremos
si los verdugos de Herodes
lo manchan con sus aceros.
Al templo todas conmigo,
y valor y lucharemos;
y si rey tan sanguinario
lleva su infamia á ese estremo,
de las madres de Judea
daremos al mundo egemplo.
(RAQUEL sale por la derecha, seguida de ESTHER, MARIA, SOBÉ y pastoras: JACOB detrás de todos.)

ESCENA III.

REBECA—y—JUSEPE.

REBECA. Probeticas madres! vaya!

que ma quedao sin aliento
y entumía! qué virdugo
que es el rey.

JUSEPE. (Tapándole la boca.) No digas eso
que eso es malo, y si mos oyen...
ya vienen con el digüello
pa quiarriba, y mu siguro
no tenemos er piscuezo!
Ay! Rebeca de mi arma
me están tembrando los niervos
y se ma liao en las patas
una culerba.

REBECA. Y yo tengo
una responsabiliá
tan grande!

JUSEPE. Y yo ya no pueo
jablar... se me defigura
que aquí... tienta... (En la espalda.)
dime, ¿tengo
argun cinturion metío
en el espinazo?...

REBECA. Perro!
¡qué corazon de pan duro!...
pero ¿qué mal le habrán hecho
los niños?

JUSEPE. Ay! qué mimoria!
Rebeca, vamos juyendo
á la cueva, y á los padres
de Jesus se lo diremos:
por ese me envalentono;
pus dí que si nó ricuerdo...

REBECA. Vamos, vamos.

JUSEPE. Pero mira,
ese camino no imprendo;
que por las señas que dijo
el pastor, junto á aquel cerro
estaban los cinturiones:
por este lao saliremos

ar llano, y der llano ar monte
mas que demos mas rodeo.
Vamos.
(Al salir por la izquierda aparecen ALEJAS y HEMOR.)

ESCENA IV.

Los mismos—ALEJAS y HEMOR.

JUSEPE. (Retrocediendo con REBECA al verlos.)
(Trompetazo!)
ALEJAS. Quién?...
JUSEPE. Señor! (Dios mio! qué feo!)
ALEJAS. Dónde vais?
REBECA. Vamos al valle:
á nuestra choza.
JUSEPE. (Ocultándose detrás de REBECA.)
Si,... eso.
ALEJAS. Sois esposos?
REBECA. No, señor:
hermanos.
JUSEPE. Semos... doncellos.
ALEJAS. (Esta pastora...) tu cara...
yo te he visto...
REBECA. Si lo creo,
como que siempre ponía
en este sitio la llevo. (Señalándose la cara.)
ALEJAS. De donde venís?
JUSEPE. (La gorda!
miente mucho, mas con tiento;
que ahora mos vá á priguntar
jasta por lo que comemos.)
REBECA. De vender... varias ovejas...
y me han dao seis talentos
de plata.
JUSEPE. (Tú sí que tienes
un talentazo siberbio.)

ALEJAS. ¿Y por qué se oculta ese?
JUSEPE. No me incurto, es que la dejo
que diga sus menesteres:
que ella tiene mas conceutos
que yo y...
ALEJAS. ¿Habeis encontrado
mas allá tres estrangeros
ginetes en dromedarios
y con cargas en camellos
y gente de compañía?
JUSEPE. ¿Te has encontrao tú eso?
yo no, ¿no es verdá, Rebeca?
yo no he hallao mas que un jumento
que iba acompañando á un hombre:
(ayúame tú.)
ALEJAS. (Aparte á Hemor.) (No acierto
Hemor, á darles alcance.)
HEMOR. (Idem.) (Tan diligentes salieron
y de noche, que no es fácil
seguirlos ó dar con ellos.)
JUSEPE. (A Rebeca.)
(Qué hablarán!)
ALEJAS. (Idem.) (Si no haces falta
en funciones de tu empleo,
vente conmigo.)
HEMOR. (Idem.) (Ya sabes
de Herodes la órden que tengo.)
ALEJAS. (Idem.) (No importa.) Seguid, vosotros.
REBECA. Anda, Jusepe.
JUSEPE. (Corriendo;
como que á cada prigunta
y á cada rispondimiento,
he visto ya los dos sabres
afilándome el piscuezo.)

ESCENA V.

ALEJAS,—HEMOR.

ALEJAS. Entraron ya centuriones
en Betlhen?

HEMOR. Aun no: la dejo
para despues: diez cuadrillas
de soldados bien dispuestos
invaden ahora los campos,
las cabañas sorprendiendo:
corrida la voz, paréceme
que agrupados ó dispersos
en Betlhen han de ocultarse
los niños, huyendo al riesgo;
y cuando estén todos juntos,
mis soldados en secreto
caerán sobre la ciudad
y allí acabarán con ellos.

(Va oscureciendo por grados en la sala y escenario, hasta quedar completamente oscuro el segundo: véase la nota siguiente.)

ALEJAS. Veo, Hemor, que has aprendido
á sutilizar proyectos.
Pues ahora sigue mi ruta
hasta ver si... pero advierto...
que va cerrando la noche:...
el horizonte está negro...
nubes cubren el camino...
y principian á envolvernos...
fenómeno estraño es este...
que no he visto en otro invierno...

HEMOR. Tal vez amagos de lluvia...

ALEJAS. Sigamos, Hemor... ¿qué es esto?...
si apenas veo el camino...
y se me apura el aliento.

HEMOR. Tienes razon... yo tampoco

respiro bien...

ALEJAS. Me mareo,
Hemor; volvamos al valle
y otro ambiente buscaremos.

(Al pronunciar HEMOR las palabras «ACABARÁN CON ELLOS» dos telones de gasa negra, uno mas claro y otro mas tupido, van bajando uno despues de otro, hasta cubrir completamente el telon de selva de la vista de los espectadores: al salir ALEJAS y HEMOR, la orquesta rompe en una fuga que vá *crescendo* y llega á un tono tempestuoso ó *fortisimo* con todo el instrumental, en los momentos en que ha desaparecido el telon de selva y el segundo mas claro de gasa empieza á trasparentar el monte de Betlhen á todo foro: en este instante concluye la fuga y sigue un himno brillante de gran efecto que termina al comenzar el ÁNGEL, cuyo recitado acompaña la misma orquesta con agradable melodía.—El monte debe ser practicable, dejándose ver en lontananza otros coronados de nieve: en la cima de aquel la ciudad de Betlhen corpórea, en cuyas casas se ven brillar algunas luces: la ciudad está cercada por la muralla, pero situada en medio de viñedos, olivos y encinas: fuera del muro el gran meson cuadrado donde pidieron hospedaje la Santísima Vírgen y San José: arrancando de este meson, y por la parte inferior de la muralla, camino practicable, por donde bajarán á su tiempo los MAGOS: esparcidas por el monte varias cabañas y alguna que otra casita corpórea de mejor condicion y á su lado árboles y arbustos: varias ruinas: el camino termina en la roca: un gran foco de luz de diversos colores preparado en todo el interior del escenario alumbra la escena.)

ESCENA VI.

Aparece el monte cubierto de ángeles, - niños naturales,—

brillantemente engalanados y colgados en distintos puntos, unos con espadas, otros con guirnaldas, otros con bandas y otros con antorchas en la mano; á la entrada de la cueva dos ángeles de guardia, y tres pendientes del arco: el del centro tendrá una brillante banda en que se lea GLORIA IN EXCELSIS DEO: en el interior de la cueva ángeles, soles y estrellas giratorias, á través de cuyo inmenso foco de luz se verán en vision las sagradas figuras del NIÑO-DIOS, reclinado en el pesebre, de MARIA SANTÍSIMA y SAN JOSÉ, cuyo grupo estará iluminado por un rayo de luz Dumont.—Es indispensable que para la estudiada y digna colocacion y efecto de estas figuras sean dos actores los que las representen.—Por los lados del pesebre asoman las cabezas la mula y el buey tradicionales.—Fuera de la cueva y á los dos lados de la esplanada que se forma delante de ella, pastores de ambos secsos y niños de rodillas en adoracion.—Por las diferentes sendas del monte, en direccion de subir, bajar ó atravesar, pastores y pastoras, con cestas, cantarillos, aves, corderos y otras cargas: por último sobre el portal en actitud radiante y con una espada en la mano el ÁNGEL que habla. —En el instante de verificarse la transformacion todos los pastores que van por el monte se hallan en pausado movimiento; pero al principiar el ÁNGEL el recitado con orquesta, todo el cuadro se queda inmoble hasta la terminacion del mismo recitado.

ÁNGEL. Perdida la gracia que Dios placentero
al padre primero le dió con afan,
cediendo al pecado por tristes favores,
lloró sus dolores el mundo de Adan.

* Rodaron los siglos y el hombre iracundo,
*sin ver el profundo misterio de Dios,
*la senda malvada siguió del pecado
*y ciego y airado del crímen en pos.

Mas Dios contemplando que fiero, enemigo,
de eterno castigo le envuelve el capuz,
por fin apiadado del mal que le oprime,

su culpa redime y le manda la luz.

Así, las dulzuras cantar de su gloria,
que sea la historia del mundo eficaz:
á Dios, pues, la gloria que bienes encierra,
y al hombre en la tierra delicias y paz.

(Concluido el recitado y durante una breve fuga de la orquesta, los pastores de ambos secsos que están de rodillas se levantan rápidamente: la orquesta rompe en una alegre pastorela, acompañada de todos los instrumentos propios de Navidad, como son panderos, zambombas, sonajas, rabeles, flautas, triángulos, arpas, etc., pastores de ambos secsos la bailan, mientras otros cantan. Los personages que circulaban por el monte se agrupan á la falda de este para ver el baile. Terminado, vuelven los pastores á colocarse de rodillas hasta concluir el cuadro.)

COPLAS.

Venid, pastores del valle,
venid de la gloria en pos
y bailad con entusiasmo
delante del Niño-Dios.

Y con muestras—de amor y alegria—
festejemos—al Dios-Redentor.—

—

Bailad de gozo inundadas,
pastorcillas de Betlhen,
que en esa cueva escondido
está nuestro dulce Bien.

Venid, pastorcitos,—venid con placer—
y á Cristo adoremos,—al Dios humanado—
que vimos nacer.

—

Mirad la cara del Niño

mas brillante que la luz;
Gloria á Dios en las alturas
y al hombre paz y virtud.

Y con muestras—de bien y alegria—
adoremos—al Niño-Jesus.

ESCENA VII.

Los mismos,—REBECA—y—JUSEPE,—que han llegado por la izquierda momentos ántes.

JUSEPE. Al llegar se ha arrematao.
REBECA. Cuanta gente!!...
JUSEPE. Y con tú y yo
hay mas: mira allí la cueva
en onde está el Niño-Dios.
REBECA. Ya la veo. Y cuanto brillo!
pues si esto parece un sol!
Vamos y le adoraremos
con toito mi corazon.
JUSEPE. Deja que algunos se vayan
y asin lo verás mejor:
mas no solo por lo hermoso
quieras verlo y con razon,
sinó por vinir del cielo
y ser el Hijo de Dios.
REBECA. Y el Mesias en presona,
sigun Isac me contó,
que daba gusto de oirlo
lo mismo á él que á Jacob.
Ay! probetico del alma
en qué pañales nació!
(Preludios suavísimos por la orquesta.)
JUSEPE. Calla y arrímate á un lao
y haz á la boca chiton
que oyendo cantar los ángeles
á la groria del Señor,

sinó te queas trasponía
que por mí la cuente yo.
(CORO interior de ángeles con orquesta; música muy ténue.)

De los cielos—la luz vívida,
alumbrando,—con los cánticos,
á la furia—de los réprobos
aconseja—contricion.
Y del hombre—para júbilo
el acento—de los ángeles,
ya le canta—en el empíreo,
la divina—redencion.

—

Y bienes—sin cuento
dejando—el pecado,
y gloria—y ventura
le guardan—en pos,
Si atiende—á su vida,
si olvida—el pasado,
si sigue—anhelante
la senda—de Dios.

(Durante el coro de ángeles, por las alturas é inmediaciones de Betlhen aparece la estrella de los Magos que avanza muy lentamente de izquierda á derecha, luego desciende, y por último se fija encima de la cueva al concluir el coro: breve trémolo en seguida por la orquesta; y al aparecer los MAGOS, himno triunfal de gran solemnidad, que dura mientras bajan y llegan á la cueva: los MAGOS aparecen por la izquierda en la mas alta senda del monte y vienen montados en dromedarios y bajan muy despacio: delante GASPAR con su acompañamiento y camellos con cargas: luego BALTASAR de igual manera, y el último MELCHOR en la misma forma: al lado de cada dromedario vienen dos esclavos conduciéndolo. Todo el acompañamiento del proscenio se agrupa al pié del monte festejando con mucho movimiento la

entrada de los reyes; al llegar estos á la cueva, llevando cada cual su respectivo presente, hincan la rodilla; y en el acto entran en escena por ambos lados del monte, pastores de los dos secsos con dos banderas; una toda blanca en un grupo, y otra toda verde en otro, trayendo además cada uno instrumentos propios de Noche-Buena: los de las banderas se colocan sobre el portal á los dos lados, y los demás bajan tocando con suma animacion al compás de la orquesta que al asomar aquellos rompe de nuevo en la pastorela de la escena antecedente: al presentarse estos pastores y mientras bajan, los que están en escena cantan una de las tres coplas anteriores; y al concluir, los de las banderas las agitan en el aire, las tienden sobre la cueva y cae el telon.)

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.

Atrio del templo de Jerusalen, con dos puertas laterales: dos escalinatas con elegantes pasamanos en la planta baja dán acceso á un piso segundo con columnas practicables que determinan dos galerias, á izquierda y derecha: enmedio de este segundo piso, otra gran escalera que lleva á un tercer cuerpo, formado tambien por galerías del propio órden que van á perderse en los últimos términos del foro, á cuyos lados y tocando en los últimos bastidores hay grandes puertas que figuran ser las del templo: adornos de candelabros, ángeles, jarrones, etc., distribuidos convenientemente en los pilares y balaustradas; en el centro de la planta baja y entre las dos escalinatas, habrá un gran pedestal con el águila de oro rota: en los muros y pedestales lápidas con inscripciones: en la parte alta del fondo ventanas transparentes por las cuales se ven encendidas las lámparas del templo.

ESCENA I.

RAQUEL—con su hijo al lado, á quien cubre con su manto, aunque de manera que se le vea el rostro, se halla sentada en la base del pedestal del águila de oro:—MARIA con dos niños en el escalon mas bajo de la primera escalinata de la derecha: en el escalon mas alto—MUGER 1.ª—con un niño:—SOBÉ,—con otros dos niños en el segundo ó tercer peldaño de la escalinata de la izquierda: en el último una muger con un niño: en el centro de la primera galería—MUGER 2.ª—con un grupo de niños abrazados unos con otros: en la escalera superior otra madre con dos niños: en las tres galerías mugeres de pié ó sentadas, con niños en brazos ó recostados en la falda, artísticamente distribuidas. En las puertas del templo mugeres tambien con niños.—Cuadro estudiado.—ESTHER,—con su

hijo en brazos, desolada y poniendo el oido para enterarse de lo que pasa en el esterior, se halla de pié junto á la puerta baja de la derecha.—Silencio profundo en la escena.—Los niños que tengan las actrices y generalmente los de los grupos y primeros términos deben ser naturales.
—Pausa al levantarse el telon.

ESTHER. (Con ansiedad.)
Nada se oye!... ya se han ido...
ni trompetas ni patrullas...
toda la ciudad se halla
mas silenciosa que nunca...
solo percibo á lo lejos,
de vez en cuando, confusas
voces, como de personas
que sin concierto disputan.
Nada mas...
(Se retira de la puerta y coloca al lado de la escalera.)

MARIA. Puede que Herodes
de medida tan injusta
y bárbara, arrepentido,
haya dicho que concluya
el horror de tanta sangre
que campos y pueblo inunda.

RAQUEL. Herodes? Mal le conoces:
un alma tiene tan dura
que goza en el esterminio
como en la cosa mas justa:
¿qué piedad de sangre agena
ha de tener esa furia,
cuando al matar sus tres hijos
no la tuvo de la suya?
¿Le inspiró acaso su esposa
compasion? Decid,—ninguna:
*Y por celos! un pretesto
*para romper la coyunda.

ESTHER. *Pero no fueron legítimos?

RAQUEL. *¿Y quién de ello te asegura?
*celos!... ¡mal haya los celos
*que en la verdad no se fundan!
Descuidad; no será Herodes
quien la barbarie rehuya:
si á este sitio no se atreve,
no ha de ser porque se ofusca
enmedio de la matanza
que horror y miedo acumula,
sino por respeto al templo
que á nuestros hijos escuda.
Antes de acojernos, hice
con Zacarias consulta,
y el anciano sacerdote
por cuyas megillas surcan
lágrimas de desconsuelo
al ver mortandad tan ruda,
díjome:—«Al átrio del templo
no penetrará la impura
cuchilla de los verdugos:
vé, pues, y allí te refugia.
Y aqui estamos y estaremos
hasta que pase la lucha;
y cuando Jacob me avise
—que es en la calle mi ayuda,—
que ha terminado esa infamia,
podremos salir seguras.
ESTHER. ¡Pobres madres desoladas!...
cuánto grito! cuánta angustia!...
hoy es Judea un estanque
de lágrimas!...
RAQUEL. Si amarguras
tiene Jehováh preparadas
para el crímen y la culpa,
es imposible que Herodes
en el horror no se hunda.
ESTHER. Pero ¿qué causa, qué causa
será la que asi le impulsa

á un esterminio tan fiero
como no se ha visto nunca?

RAQUEL. Liviandades de su alma;
sed de sangre que le apura;
al terminar un banquete
en que su brillo deslumbra,
harto ya de las viandas
y del placer que le abruma,
á sus esclavos obsequia
con cabezas de criaturas.

ESTHER. Adonái le contenga
y en él su piedad influya.

RAQUEL. (Alarmada.) ¿Ois pasos?...

ESTHER. (Corre á poner el oido en la misma puerta.)
Muy á lo léjos...
(Mirando por la cerradura.)
la galería está oscura...
¿vendrán?...

MARIA. El cielo me ampare!
(Todas las mugeres empiezan á moverse demostrando sobresalto y agitacion.)

RAQUEL. Que no se mueva ninguna...
silencio... ¿ois?...

ESTHER. Son dos hombres
que en la tiniebla confusa
no distingo... uno es Jacob...
tal vez nos traiga fortuna.

ESCENA II.

Las mismas,—JUSEPE—y—JACOB,—que observa si alguien le sigue.—RAQUEL—deja el niño en el lugar en que estaba sentada y vá precipitadamente á su encuentro: tambien se le acercan—ESTHER,—MARIA—y las mugeres mas próximas: las demás ponen el oido con ansiedad.

JACOB. No me han visto, ni recelo

que sospechas les infunda.
Jusepe, acecha y no temas
que yo estoy aquí en tu ayuda.

JUSEPE. Cuando me haigan digollao
no me haces farta denguna.

RAQUEL. Habla, Jacob, ¿qué sucede?

JACOB. Aun los germanos se agrupan
en las afueras del templo,
y maldicen y murmuran:
Alejas y Hemor del rey
esperan órden sin duda;
y en tanto aquí los soldados
ansiosos de sangre, bufan.
Fieras! y llevan matados,
segun la gente calcula,
catorce mil...

(Las mugeres hacen una demostracion de dolor, ahogando un grito.)

esos campos
están cuajados de tumbas.
Aquí una madre anhelante
pálida y temblando junta
los despojos de su hijo,
y amorosa los sepulta:
allí otra pide á los cielos
venganza pronta y segura
de tal infamia; aqui otra
tuerce los brazos de angustia:
gritos, lamentos, dolores
en todas partes se escuchan...

RAQUEL. Oh! calla, calla...

JACOB. Y los hombres
doblando la frente ruda
ante el poder, ni siquiera
han intentado la lucha:
amenazados de muerte
ni aun por sus hijos la buscan.

RAQUEL. Si los hombres fueran madres

(Arranque brioso.)
no temieran á esa turba:
solo un hombre de aquí falta
porque el cielo no le ayuda.
Y mi Isac?

JACOB. Muy apenado:
le mengua la calentura.

RAQUEL. ¿Quién le acompaña?

JACOB. Su madre.

RAQUEL. Y sabe de mí?

JACOB. Pregunta
alguna vez, y agobiado
en el delirio se abruma.

RAQUEL. Y yo lejos de él ahora...
pero su hijo me escusa.
Oh! que se vaya Jusepe
con él tambien, y si alguna
novedad grave ocurriera
que aqui á decírmela acuda.

JUSEPE. (Si; como pille los cerros
naide me vé ni las uñas.)

RAQUEL. Jacob, á tu puesto vuelve;
mucha precaucion y mucha
prontitud para avisarnos
en cuanto el riesgo concluya.
No puede ser, yo no creo
que al templo sagrado suban
y lo profanen verdugos,
y que esto Jehováh lo sufra.

JACOB. No se atreven, no se atreven:
hasta el mismo Herodes duda.

RAQUEL. Vé, Jacob, y que los cielos
nos dén ya mayor ventura.

JACOB. (Yéndose.)
Creo que pronto quedaremos
en tranquilidad profunda...
(Acercándose á JUSEPE que observa en la puerta.)

Hay alguien?

JUSEPE. Yo, que ya estoy
partío por la cintura.

JACOB. Pues vamos.

JUSEPE. A la majada?

JACOB. Tú solo, y de lo que ocurra
me avisas aquí al momento.

JUSEPE. Pero, con digollaura
¿podré venir?

JACOB. Vamos, vamos.

JUSEPE. Tú á la muerte me arrimpujas.

JACOB. Y vosotras gran silencio;
que ni una voz importuna
les recuerde que aquí tienen
(Las mujeres le ofrecen por señas su silencio.)
la presa que les impulsa.
Silencio!...
(Vánse cerrando la puerta con sigilo.)

ESCENA III.

Las mismas, menos—JACOB—y—JUSEPE.—RAQUEL—vá á mirar por la cerradura de la puerta poniendo el oido.

RAQUEL. Alla ván... su celo
(Se aparta.)
no pagaremos bien nunca...
ánimo, pues, y aguardemos
muy pronto mejor fortuna.
El sosiego que se nota
en Jerusalen, me anuncia
que ha calmado del tirano
la sed de sangre iracunda.
Volvamos á nuestros puestos,
y tù, Esther, cual siempre aguza
el oido, y que por lo menos
el bien en tí se traduzca.
(Todas las mugeres vuelven á ocupar el sitio que al empezar el acto.)

ESTHER. Poco valor ya me queda:
es tan vehemente y profunda
la zozobra que me agita,
que en vano mi voz la oculta:
el mas pequeño ruido
cual nuncio de mal, me asusta;
y si de inquietud tan grande
aun mucho las horas duran,
va á acabar con mi existencia
el miedo que la atribula.

MARIA. Imposible es que en el mundo
haya habido quienes sufran
como nosotras...

RAQUEL. Silencio!...
(Señalando á la izquierda.)
Esther... no sientes confusas
pisadas?...
(Mucha pausa y mucha agitacion en los siguientes versos.)

ESTHER. (A la izquierda.) Y se aproximan...
y mas cerca se apresuran...
son dos hombres... me parece...
soldados!!... no tengo duda...
(Retirándose de la puerta.)
(Al decir esta palabra, algunos niños, los mayores, tratan de refugiarse detrás de las mugeres: estas, sin levantarse del todo, se elevan un poco en actitud de acecho.)

RAQUEL. (A media voz.)
Acaso pasen de largo...
(Todas con la vista en la puerta y demostrando el mayor terror.)
Veis?... se alejan...

ESTHER. ¡Oh fortuna!
(Acercándose de nuevo á la puerta y poniendo el oido.)
Nada se oye... me parece...
mal haya tanta amargura!!...

(Abrese repentinamente la puerta y con la misma rapidéz entra y se presenta ALEJAS seguido de HEMOR: las mugeres no pueden contener un grito involuntario que debe ser muy bien ensayado para que no resulte graneado, sinó unánime y general, poniéndose todas simultáneamente de pié, unas guareciendo á sus hijos con su cuerpo; otras envolviéndolos en sus mantos, pero tomando todas una actitud amenazadora: los niños que pueden andar, se han refugiado detrás de las balaustradas, columnas ó pedestales: nuevo cuadro de estudio y cuidado que se deja ver un momento en el mayor silencio: RAQUEL cubre á su hijo con el manto; pero al ver que la puerta se cierra violentamente tras los personages que han entrado, lo entrega á MARIA y arroja el manto al pié del pedestal: en toda esta escena debe haber la pausa y el colorido necesario de terror imponente y magestuoso.)

ESCENA IV.

Los mismos—ALEJAS,—HEMOR.

ALEJAS. (Entrando rápidamente por la izquierda y con voz fuerte.)
Madres de Judá!...
(Grito unánime: movimiento de figuras que en seguida quedan inmobles; ALEJAS avanza lentamente sin dejar de mirar á RAQUEL la cual dá algunos pasos hácia él: cuando está á su lado continúa.)
Raquel...
¿Por qué aqui tambien?... tú en esta
medida debias creerte
una escepcion de la regla:
así es que no hallo razon

para que caudillo seas
de estas mugeres, que acaso
otro tal por tí no hicieran.

RAQUEL. Salvo ó no en esta matanza
mi hijo, que eso es problema,
yo madre, he debido unirme
á las madres de Judea
para pedir á los cielos
que píos nos favorezcan:
no juzgué libre á mi hijo;
mas á tener la evidencia,
nunca hubiera yo dejado
solas á mis compañeras;
y no para acaudillarlas,
que son débiles mis fuerzas,
sinó para en ese trance
llorar mi dolor con ellas,
(Acercándose con altivez y á media voz á ALEJAS)
y manifestar á Herodes
que era estéril su indulgencia,
si pretendia cambiarla
por esperanza ó promesa.

ALEJAS Pues bien, descansad tranquilas
que desde este punto cesa
la degollacion; el rey
su intencion ya satisfecha,
perdona á todos los niños
que en ciudad y campos quedan,
y mas á los que en el templo
guarecieron su existencia;
(Se deshace el cuadro: las mugeres besan y abrazan á sus hijos con el mayor entusiasmo, acercándose á las escaleras.)
libres sois, pues, y podeis
tornar á vuestras viviendas
sin cuidados ni recelo:
Hemor, deja las dos puertas

espeditas á su paso
y que salgan cuando quieran.
(HEMOR abre la de la derecha, luego la de la izquierda y permanece en este lado: algunas mugeres manifiestan deseo de salir: RAQUEL las contiene con una mirada.)

RAQUEL. (Con intencion.)
¿Con que dices que perdona
el rey?

ALEJAS. Su palabra empeña.

RAQUEL. ¿Y á quién perdona?

ALEJAS. A los niños.

RAQUEL. Pero el perdon dice ofensa
anterior, y no comprendo...

ALEJAS. Mucho la cuestion sondeas:
llámalo como te plazca;
pero estais libres.

RAQUEL. ¿De veras?

ALEJAS. Si dudas de lo que digo
bastará con que comprendas
dos cosas: que esa medida
á Jerusalen liberta
y en ella estais; y que el templo
es sagrado.

RAQUEL. ¿Y quién me niega
que al salir con nuestros hijos
haber en las calles pueda
ó en las puertas ó en el campo
soldados que nos sorprendan?

ALEJAS. Mi palabra y la del rey.
Salid y vereis mi oferta...
(ESTHER, MARIA y algunas mugeres se han acercado á la derecha, junto á RAQUEL, de modo que entre todas cubran la puerta de este lado: otras mugeres permanecen todavia dudusas en las escaleras y galerías.)

ESTHER. (Salimos?) (A Raquel.)

RAQUEL. (Idem.) (Todavía no.)

Pues bien, si podemos, sea,
Pero si aquí nos afirmas
que ningun riesgo nos cerca,
y que al salir nuestros hijos
segura la vida llevan,
no tendrás dificultad
en darnos de ello una prueba...

ALEJAS. Cuál?

RAQUEL. Tu acero... como signo
de paz y verdad en prenda.

ALEJAS. Yo no debo despojarme...

RAQUEL. Rehusas?...

ALEJAS. (Con resolucion.) Toma.

RAQUEL (A las mugeres.) Vamos fuera.

ESTHER. Salimos? (A Raquel.)

RAQUEL. (Rápido á Esther.) Yo iré á su lado
y apenas peligro advierta,
lo mato. (Mostrando la espada.)

ALEJAS. (Rápidamente y con disimulo á Hemor.)
(Ha sido preciso:
cólocate detrás de ella
y al salir fuera, la quitas
el acero.)
(Sigue hablando con HEMOR con el mayor disimulo.)

ESCENA V.

Los mismos—JACOB—que entra muy agachado por la derecha y cubriéndose con las mugeres: llega y se coloca detrás de—RAQUEL—y le dice rápidamente.

JACOB. No lo creas:
centuriones y germanos
emboscados os esperan:
no salgais de modo alguno
que la traicion os acecha.
(Vase de igual modo que entró.)

ESCENA VI.

Los mismos,—menos—JACOB.—RAQUEL,—ESTHER,—MARIA—y demás mugeres del grupo no pueden contener ún grito ahogado.

RAQUEL Y OTRAS. Ah!!

ALEJAS. (Volviendo la cara rápidamente.)
Qué?

RAQUEL. Nada... conveníamos
en que es tu alma sincéra,
y por lo tanto que estamos
todas á salir dispuestas:
pero por no ser objeto
de miradas indiscretas,
he pensado que se vayan
solas y por ambas puertas;
y en tanto, yo aquí me quedo
para salir la postrera;
y me quedo con los niños,
(Mucha intencion.)
hasta que sus madres vuelvan
por ellos, ó Zacarias
á los sacrificios venga.

ALEJAS. No puede ser, que se debe
cerrar el templo.

RAQUEL. ¿Se cierra?
cuándo?

ALEJAS. Eso á tí no te importa.

RAQUEL. Y tú ¿por qué así te empeñas
en que salgamos al punto?

ALEJAS. Porque Herodes os lo ordena.

RAQUEL. Pues no salimos.

ALEJAS. Raquel!
no apures mas mi paciencia.

RAQUEL. Alejas, no nos engañas.

ALEJAS. Pues que así lo quieres, sea.
(A Hemor.)
Entren aquí centuriones,
(Hace una señal á HEMOR que atraviesa y sale por la derecha.)
(A la puerta de la izquierda llamando.)
germanos, no haya clemencia,
arrollemos hasta el templo
y que en el templo perezcan. (Sale.)

ESCENA VII.

Suenan trompetas y clarines tocando á degüello; voces y murmullos fuera.—Gritos, carreras, lamentos, consternacion completa.—RAQUEL—se lanza sobre su hijo que coje en el brazo izquierdo, y sube á la primera galería esgrimiendo el acero de—ALEJAS.—ESTHER—y—MARIA—ván á escapar por la puerta derecha, lo mismo que—SOBÉ—y otras mugeres por la de la izquierda cuando penetran soldados por las puertas bajas y altas, menos las del templo, en el mayor desórden, quedando unos con los personages del proscenio y subiendo otros á las diferentes galerías: los niños que pueden correr, se amparan tras de los pedestales ó columnas llorando y gritando: otros se guarecen detrás de las mugeres: un soldado forcejea con—MARIA—por quitarle á su hijo; pero ella le defiende, pretendiendo ahogar con una mano al soldado:—ESTHER—de rodillas pide á un centurion que no mate á su hijo que le ha quitado: vá á desnudar el acero y al amagarlo, oye lo que dice—ESTHER,—duda y le arroja el niño á los brazos y sale de la escena:—SOBÉ—lucha al pié de la escalera con otro soldado, avanzándose á él y mordiéndole en un hombro: al mismo tiempo llega un niño de los mayores, dá por detrás algunos puñetazos al soldado y escapa á esconderse tras una columna: arriba varios grupos de soldados luchando con las mugeres, unas rogando con los brazos abiertos y en el mayor desórden, otras de rodillas: los soldados empujan á unas, quitan á otras los niños y corren con ellos

fuera de la escena: una muger baja desolada huyendo de un soldado que la persigue, sale corriendo y el soldado detrás: varios niños huyen por las puertas: arriba una muger cae desmayada: un soldado lucha con otra queriendo arrancarle su hijo que defiende valerosamente: se lo quita por fin y lo arroja airado sobre el pavimento: en las balaustradas y pedestales ó en el suelo quedan algunos mantos y chias de las mugeres: enmedio de este cuadro imponente se vé á—RAQUEL—en lo alto de la escalinata derecha, peleando con un soldado, á quien acosa con el acero: por último llega este al primer escalon alto, pierde el equilibrio y rueda por la escalera, á cuyo pié se levanta y sale: otro soldado se le interpone, lucha con ella, y batiéndose á sablazos bajan juntos la escalera, ella persiguiéndole y al llegar abajo le clava el acero: el soldado tira el suyo, se pone la mano sobre el corazon, dá algunos pasos, y cae muerto junto á la puerta derecha, de modo que lo vea caer el público, pero quedando fuera de la escena: este episodio tiene lugar cuando ya todos los soldados, mugeres y niños han ido saliendo; de manera que solo queden en el escenario—RAQUEL—luchando con el último soldado. Los diferentes y mas señalados sucesos que se esplican en esta nota tendrán lugar á medida que los vaya marcando el diálogo: pero no por eso perderá el cuadro su rapidéz, colorido general de confusion, gemidos, gritería, llanto, desórden y consternacion.

RAQUEL. Ah! mi hijo!
MARIA. El mio!
SOBÉ. Y el mio!
RAQUEL. Infames!
ESTHER. Por esta puerta...
ah! que los matan...
(Ahora entran todos los soldados.)
RAQUEL. Verdugos!
MARIA. Piedad!
ESTHER. Socorro!
MUGER 1.ª Las fuerzas

me abandonan...

MUGER 2.ª Si le matas,
mátame tambien...
(Detrás del soldado y sale.)

ESTHER. ¡Clemencia!
compasion! si tienes madre...
oh! te lo pido por ella,
no mates al inocente...

SOBÉ. No quiero... valor me resta
para luchar...

MARIA. Ah! Dios mio!...
(Sale con el niño.)

SOBÉ. Oh! no habrá quien nos defienda...
(Salen luchando.)

MUGER 1.ª Piedad, Dios mio! dejadme...
(Sale corriendo delante del soldado.)

MUGER 2.ª Mal corazon, alma negra!
ay! (Con un grito al caer empujada por el soldado: luego sale desolada.)

RAQUEL. Al infierno... asesinos!...
(Cae y rueda el soldado por la escalera.)

ESTHER. No, no, piedad... se lo llevan.
(Sale detrás.)

RAQUEL. Otro!... (y los demás se fueron...)
valor... para tí... me queda...
(Le clava la espada y vá á caer fuera de la escena.—Desde que dice RAQUEL «AH! MI HIJO!» hasta este verso dura el cuadro de desolacion: pero todo èl debe ser tan rápido que todos los personages hablen á un mismo tiempo: de manera que no debe pasar de un minuto la escena de confusion, desde que entran los soldados hasta que salen con madres y niños.)
lo he matado... pero mi hijo...
(Convulsa.)
vive!... (Sollozando.) en salvo!...
(Besándolo con mucha agitacion y sollozos.)

Dios me premia....
no sé cómo se ha librado...
el temor... (Sonido de trompetas fuera que se ván alejando.) esas trompetas...
(Variando de tono y ocultando á su hijo)
vuelven quizá?... ¡qué agonia!...
*no... me parece... se alejan...
*se alejan, si... pues entonces...
*se van?... se van... y esas puertas
*cerradas... nada se oye...
(Llega á una y otra sucesivamente, segun lo indica el verso.)
con las almas satisfechas
se irán, de haber desgarrado
vidas de amor placenteras...
por este lado tampoco...
y estoy sola... todas ellas
estarán ahora llorando
la inmensidad de sus penas...
Oh! Jehováh me ha protegido:
tras esa lucha funesta
lo miro y vuelvo á mirarlo (A su hijo.)
y el júbilo me enajena...
(Sigue besando á su hijo con repeticion y entusiasmo, sentada en el primer peldaño de la escalera.)

ESCENA VIII.

Pausa.—Abrese la puerta derecha del templo y aparece—HERODES,—seguido de cuatro soldados tracios que se colocan delante de la misma puerta, la cual queda cerrada.—RAQUEL,—HERODES,—soldados.

HERODES. (Deteniéndose en el centro y observando todo el átrio.)
Los despojos de la lucha!...
esto me demuestra al cabo
que ha sido el soldado bravo

y la resistencia mucha...
(Avanzando muy lentamente.)
Así tendrán un ejemplo
al ver mi severidad,
que para mi voluntad
no está libre ni aun el templo. (Pausa.)
(Baja á la segunda galeria del átrio.)

RAQUEL. Siento pasos... si la grey
de verdugos... (Levantándose.)
no me engaño...
pasos son y por mi daño...
¿quién vendrá?...

HERODES. Raquel!

RAQUEL. El rey!!

(Aprovechando la lenta bajada del rey, oculta RAQUEL precipitadamente á su hijo detrás del pedestal del centro.)

HERODES. (Qué habrá ocultado?... es el niño!...)

(RAQUEL creyendo que HERODES no ha notado su accion procura tranquilizarse y aparentar serenidad.)

HERODES. (Abajo.) Tú en el átrio todavia?

RAQUEL. Si... señor... en él... cumplia
un deber de mi cariño.
Pues al llanto nos condenas...
dando á nuestros hijos muerte...
sola... dejóme mi suerte
y aquí lloraba mis penas.

HERODES. (Desentendiéndose.)
Tú, escepcion de mi mandato,
puedes calmar tus dolores,
si me inclinas los favores
de tu corazon ingrato.

RAQUEL. Mi dolor es tan prolijo
que ya consuelos no escucha.

HERODES. Por qué?

RAQUEL. Porque en esta lucha...
tambien han muerto á mi hijo.

HERODES. *Pero... ¿lo sabes de cierto?...
*y si acaso se ha librado
(Con mucha intencion.)
*y lo tengo preparado
*para un cambio?
RAQUEL. (Alarmada y sin dejar de observarlo.)
No... lo han muerto.
HERODES. *Pues bien: supon que de aquí
*de tus brazos lo arrancaron
*y á palacio lo llevaron
*y que yo lo tengo allí.
RAQUEL. *Señor... si no puede ser...
*delante de mí... aquí mismo...
*con el mayor rigorismo...
*pedazos... lo ví yo hacer...
HERODES. Te engañó tu fantasía
y yo devolverlo puedo
á tus brazos: mas si cedo
cede al par en tu porfía.
Escoje: tu hijo y mi trono
y con él vida y riqueza;
ó si aun dás en la aspereza,
la muerte y el abandono.
RAQUEL. Señor, desiste; en mi duelo
que es por desgracia profundo,
no me quedan en el mundo
mas que llanto y desconsuelo.
Mi esposo enfermo; mi hijo
muerto por tus centuriones...
HERODES. Aun sigues en tus razones?
RAQUEL. Pero, señor, si es lo fijo...
*me lo han matado!
HERODES. No cedes!...
RAQUEL. *Y qué he de hacer si lo lloro?
HERODES. *Ya ves que tambien imploro!...
RAQUEL. *Preguntárselo á ellos puedes.
HERODES. Pues no te logro vencer
mi deseo ha terminado...

aquí, tracios, á mi lado!

RAQUEL. (Ahogando un grito y haciendo hácia el pedestal un movimiento involuntario.)
Ah!... señor... ¿qué vas á hacer?

HERODES. No alcanzando por quien soy
(Muy despacio.)
que mi brillo te deslumbre,
llamo, como de costumbre,
á mis guardias, y me voy...
(Los tracios han bajado, colocándose detrás de HERODES.)
Soldados! haced de suerte
(Marcando las palabras.)
que no se embote el puñal:
detrás de aquel pedestal (Rápido.)
hay un niño: dadle muerte.
(RAQUEL dá un grito, vuélvese con rapidéz y se avanza al pedestal para cojer á su hijo; pero mas rápidos que ella los tracios, la sugetan entre dos, mientras los otros dos se apoderan del niño: durante la siguiente redondilla hay un momento de lucha entre RAQUEL y los soldados.)

RAQUEL. Ah! ah! mi hijo... no me subyugo...
atrás, turba envilecida...
antes quitadme la vida...
cobarde, infame, verdugo...
(Vuélvese desfallecida y al ver en la puerta á los soldados con el niño, dá un grito: viene á la escena y encarándose con el rey y en un ímpetu de delirio, esclama:)
Mi hijo, mi hijo, tirano!!
maldita de Dios tu ley!...
voy á arrancarte, villano,
el torpe aliento inhumano...
ah! (Avalanzándose á él rugiente de locura.)

HERODES. (Con iracundia.)
Raquel, que soy el rey!!...

(Los soldados permanecen inmóviles asomando á la puerta en actitud amenazante, prontos á matar el niño.)

RAQUEL. Pues bien, si eres rey, dispon
que me devuelvan al hijo
de mi vida... (Con súplica imponente.)

HERODES. Habrá perdon,
mas con una condicion.

RAQUEL. Oh! que estás harto prolijo!

HERODES. Esperad... (A los soldados.)
aun de mi encono
sabré contener la furia:
habla pues y lo perdono,
olvidando que mi trono
hoy has cubierto de injuria.

RAQUEL. Su vida, su vida quiero.

HERODES. Inútil es tu reyerta:
cede el desden altanero;
y sinó, piénsalo! muerta
verte á mis plantas prefiero.

RAQUEL. Ceder? oh! nunca!! La historia
del deber llevo grabada
con mi honor en la memoria.

HERODES. Tu deber...

RAQUEL. Esa es mi gloria.

HERODES. Siempre altiva.

RAQUEL. Siempre honrada.

HERODES. Su vida!!...

RAQUEL. La raza hebrea
rechaza el torpe albedrio
del verdugo de Judea.

HERODES. Oh! lo quieres! pues bien, sea:
matadlo. (A los soldados que desaparecen con el niño.)

RAQUEL. Dios mio! Dios mio!...

(Pasándose la mano por la frente como desvanecida: se repone airadamente y destrenzándose frenética el cabello, toma toda la

entonacion y actitud de una matrona y se dirije á HERODES imponente y magestuosa.)

Herodes!! pues bien; escucha
de mis lábios tu sentencia,
y si tu maldad es mucha,
tiembla ya, que en esta lucha
soy aquí tu Providencia.
Tiembla, esclavo coronado,
que en tu ambicion engreido
no eres del Señor ungido,
ni el rey digno del Senado
ni del pueblo el elegido.
Asesino de Mariana!
has sembrado tanto duelo
con tu soberbia villana
que ya tu planta profana
afrenta al mundo y al cielo.
Los fariseos activos
tu débil poder barrenan
con los árabes altivos:
y te maldicen los vivos
y los muertos te condenan.

HERODES. Raquel! Raquel! sella el labio
ó aquí mismo... (Echando mano al puñal.)

RAQUEL. Vano intento!
qué harás! si en este momento
ni espero mayor agravio
ni temo mayor tormento?
En balde rudo y ardiente
por tu pasion arbitraria
te juzgas omnipotente,
que es un baldon en tu frente
tu corona tributaria.
Un laurel en sangre tinto,
sarcasmo vil de tu sólio,
cogido en el laberinto
del idólatra recinto
del inmoral capitolio.

En vano el mal que te inspira
los instintos inclementes
y que á tu daño conspira,
ha degollado inocentes:
uno se ha salvado... mira!

(Trémolo dulcísimo por la orquesta, mientras pasa la vision.—En el fondo y sobre la galería alta del templo se ha descubierto un camino practicable, coronado por un monte lleno de nieve: y á través de una gasa fantástica pasa ese divino grupo que se llama la HUIDA Á EGIPTO: este grupo menos la mula, debe ser natural: delante el ÁNGEL á pié llevando de un cordon la mula en que vá montada la SANTÍSIMA VÍRGEN con el NIÑO-DIOS en brazos; detrás á pié SAN JOSÉ, apoyando la mano izquierda en la grupa de la mula: luz Dumont alumbra este grupo. Cuando la vision ha pasado de izquierda á derecha se cierra de nuevo la decoracion en la forma que estaba.)

HERODES. (Al verla aterrorizado.)
Un niño!!... (Pausa hasta que desaparece la vision) Tracio! germano!
(Con voz iracunda y enronquecida.)
pese á mi destino adverso,
corred, matadlo!...

RAQUEL. Es en vano,
que ese Niño es soberano;
es el Rey del universo.
El Mesías adorable
de tus liviandades yugo;
juez que será inexorable
de Herodes el implacable,
del rey tirano y verdugo.

HERODES. No mas; no mas...

RAQUEL. Y tu vida
llena de luto y horrores,
infame y aborrecida,

muy pronto verás perdida
entre miseria y dolores.

HERODES. Si tal fuera; si el misterio
de ese poder me derumba,
antes haré en el imperio
cada pueblo un cementerio;
cada palacio una tumba.
Mas hora á la destemplanza
de tus insultos, prefijo
la pena que se me alcanza.
(Toma con violencia á RAQUEL de un brazo, la conduce cerca de la puerta izquierda y le dice mostrándole dentro con saña profunda.)
Allí tienes mi venganza!!
(La suelta el brazo con altivez y desprecio y se dirige á las escaleras del templo, donde se detiene un momento y vuelve la cara, la contempla, se encoje de hombros y sigue.)

RAQUEL. (Con un grito inesplicable.)
Ah! mi hijo! !muerto!!!... ¡mi hijo!!!...
(Hace un esfuerzo sobrehumano: se pone una mano sobre el corazon, vacila y cae desplomada: simultáneamente á la subida de HERODES y caida de RAQUEL, se abre la puerta de la derecha y asoman JACOB y JUSEPE el cual apenas se deja ver del público: JACOB vá á entrar y se detiene aterrado al ver al rey que sube y á RAQUEL en el suelo.—Orquesta preparada, y al decir RAQUEL el último verso y caer muerta, marcha fúnebre que dura hasta entrar HERODES en el templo y caer lentamente el telon.)

FIN DEL ACTO CUARTO.

ACTO QUINTO.

Suntuosa cámara de Herodes: en el fondo otra mas pequeña donde tiene el lecho que es de forma romana: en cada ángulo hay una columna envuelta en tapices y colgaduras; las paredes cubiertas de armas, escudos y efectos de guerra: la cámara principal es una seccion de un ecságono, y la del lecho una pequeña rotonda: todo el riquísimo adorno de esta estancia es egipcio: muro compacto á la izquierda: una lámpara romana sobre un pedestal en la misma puerta del fondo, alumbra la escena.

ESCENA I.

HERODES—con los vestidos algo desordenados, se halla sentado en la rotonda, en un riquísimo divan y con la cabeza reclinada en el lecho:—HEMOR—á la puerta de pié contemplándolo:—ALEJAS—que entra por la derecha.

ALEJAS. (A media voz.) Duerme?...
HEMOR. (Bajando, id.) No sé: hace tres dias
que errante vaga intranquilo
por palacio, y á menudo
se detiene pensativo.
*Medita breves momentos;
*palidece y dá un suspiro,
*y torna á sus reflexiones
*y vuelve á andar indeciso.
Mas que en proyectos, parece
que se preocupa en delirios.
ALEJAS. Desde el degüello en el templo
apesarado le he visto,
y lo atribuyo á la muerte

de Raquel: y no concibo
si el rey la mató, cual piensan
los tracios que á su servicio
fueron, por qué este silencio,
ni de su muerte el motivo.

HEMOR. Nada se sabe... de entonces
cayó en este parasismo
que en insomnio permanente
y en distraccion le ha sumido:
no consiente hablar con nadie...

ALEJAS. Oh! seguro, ni aun conmigo.
Por eso me estraña tanto
su empeño tenáz y fijo
de hablar con ese pastor
que á palacio hemos traido
de su órden: ¿no lo adivinas?

HEMOR. En esto quizá adivino
algun fin; pero son tales
su gravedad y sigilo
que ya tengo sus ideas
por confuso laberinto.
Hace unos instantes, víctima
de algun recuerdo maligno
murmuró... «te queda poco
de vida... yo te maldigo...
verdugo!... esclavo!...» y no sé
á quien con este delirio
amenaza ya de muerte;...
luégo recae en lo mismo...

ALEJAS. Es estraño... nunca ha estado
tan ceñudo... y ese edicto
que ha mandado publicar
en todo el reino... me admiro...
no sé qué objeto...

HEMOR. Tampoco
yo, y por cierto que me dijo
con sumo interés,—«cuidado
que no se quede en olvido

ni un pueblo, ni una comarca,
ni el mas pequeño recinto,
donde no sea en breve tiempo
mi mandato conocido...

ALEJAS. Por cierto que me parece
si misterioso, conciso:
«que dentro de quince dias,
sin faltar al plazo fijo,
en Jericó se reunan
los principales judíos
del reino, y los sacerdotes
y príncipes y caudillos
para noticiarles cosas,
que exijen grande sigilo
hasta entonces, y que son
de interés importantísimo...»
No comprendo...

HEMOR. El resultado
aun lo reserva en su juicio:
veremos cuando se cumpla
el plazo, con qué motivo
ha juntado á tanta gente.

ALEJAS. Silencio!...

HEMOR. Vuelve al delirio:
¿lo oyes?

HERODES. (Soñando.) Juez... inexorable!...
verdugo!... rey!... asesino!...

HEMOR. Siempre frases incoherentes
y recuerdos de esterminio.

HERODES. (Idem.) Tu muerte... ya se aproxima...
Horror!... miseria!...

HEMOR. Lo mismo:
siempre la fatal idea:
la amenaza...

ALEJAS. Se ha movido...
Ya despertó: ¡qué abrumado
y pálido y pensativo!...

HERODES. Hemor!

HEMOR. (A la puerta.) Señor, aquí estoy,
como siempre, á tu servicio.
HERODES. (Saliendo lentamente.)
Ah! la frente se me abrasa...
Tengo sed... ¿ha anochecido?...
HEMOR. Si señor.
HERODES. ¡Cuánto silencio!...
ah! ¿se publicó el edicto?
HEMOR. Si, señor, como mandaste.
HERODES. En todo el reino?
HEMOR. Han salido
oficiales encargados
y á todos dije lo mismo.
HERODES. Cuidado que no se olvide
valle, ni pueblo, ni risco
donde no se dén pregones
diciendo su contenido.
ALEJAS. Por cierto que se preguntan
con ansiedad los judíos
para qué los querrá Herodes
en Jericó.
HERODES. Son caprichos...
Oidme;... mi muerte se acerca...
ALEJAS. Señor, deja el desvarío
y piensa solo en la vida.
HERODES. Me lo han dicho... me lo han dicho...
y no la temo por cierto;
es el término previsto...
Pues bien; un rey de mi alteza
no debe hallar fin mezquino,
sino ser por todo el pueblo
inmensamente sentido,
(Mucho colorido de intencion, maldad é hipocresía en todo este diálogo.)
demostrando en luto público
y en lágrimas su cariño.
Yo pienso... y no sé, del reino
por qué soy aborrecido:

*he encumbrado á muchos hombres,
*no he hecho mas que beneficios,
*he protegido las artes,
*las industrias con ahinco,
*he dado poder, riqueza,
*al que poder y oro quiso...
Lo sabes tú?... me aborrecen
y el ódio es tan positivo
que el momento en que yo muera
será el júbilo infinito:
y eso no...

ALEJAS. Señor, desiste
de una idea...

HEMOR. No hay motivo...

HERODES. Por eso he pensado un medio
que allana todo camino
á mi propósito... oidme...
pero... ¡cuidado!... sigilo.
Si muriese antes del dia
que dá de plazo el edicto
será poca diferencia:
si despues, con regocijos
en Jericó hasta ese instante
deteneis á los judíos:
muero yo, y con el pretesto
de proclamar al rey digno
sucesor de mi corona
que ya dejaré elegido,
los convocais al hipódromo;
y juntos en este sitio,
mueran todos á flechazos
sin que me quede uno vivo...
Así á la muerte de Herodes
se enlutarán el vestido
las principales familias
y verterán llanto á rios.
Así al espirar el rey
no habrá júbilo infinito

y el recuerdo de mi nombre
no será pobre y mezquino...
¿Me jurais obedecerme?
Ya veis que hacerlo es preciso.

ALEJAS. Señor, no hables de la muerte
y abandona ese designio.

HERODES. No.

HEMOR. Desiste por tu vida
que apreciamos.

HERODES. No desisto:
juradme aquí la obediencia,
y sinó...

ALEJAS. Queda tranquilo:
te obedeceremos.

HERODES. Cuenta
que han de ir allí los mas ricos,
los principales... á esos...
que mueran todos.

ALEJAS. Me obligo
á ejecutar tu mandato.

HERODES. Hemor... y tú?

HEMOR. Yo lo mismo.

HERODES. Muy bien... pues ahora dejadme
que medite en mi destino.
(Al irse Alejas y Hemor.)
Ah! ¿vino el pastor?

ALEJAS. Há rato
que á cumplir tu gusto vino.

HERODES. Si? tráele aquí; que éntre al punto;
y cuando haya entrado, idos
y esperad fuera mis órdenes
que hablar con él necesito.

ESCENA II.

HERODES:—luego—REBECA—y—JUSEPE—por la derecha.

HERODES. Dicen que murió en el templo...

tal vez!... aquella fiereza!
aquel dolor! yo no tuve
la culpa: y además cuentan
que en seguida dos pastores
que quizá sus deudos fueran,
con sumo secreto al valle
de Eder, la llevaron muerta.
Ahora lo sabré.

JUSEPE. (En la puerta.) (Las patas
se man diflojao, Rebeca.)

REBECA. (Si mos matan, Jusepillo,
qué le hemos de hacer! paciencia!)

JUSEPE. Ay! ay! que güerve la cara!

HERODES. Acércate, ¿quién es esa
muger?

JUSEPE. Mi... hermana...

HERODES. Y qué causa
te hace aquí venir con ella?

JUSEPE. (Platica tú.) (Con mucho miedo y sin poder articular palabra.)

REBECA. Rey Heroes,
este es tan corto de cencia
y asin... tan poco pirfléuto
y tan seco de mollera,
que necesita interpréte.

JUSEPE. Eso; intrepíte.

HERODES. Bien, cesa...
y ahora caigo; yo os he visto
otra vez.

JUSEPE. (Ay! mi cabeza!
Platica tú.)

REBECA. Como andamos...
por toas partes, á la juerza,
el que mos mira... mos vé,...
y el que mos vé, mos ricuerda.

JUSEPE. Eso.

HERODES. Y ¿el otro pastor
con quien tú sacaste fuera

del templo á Raquel?...
JUSEPE. (Zambomba!
que ha sabío la faena!)
Yo... Raquel... (Platica tú.)
REBECA. Está junto á la dolencia
del rabadán que se muere
á chorros.
JUSEPE. A chorros.
HERODES. Y ella?
REBECA. Señor, si murió en el templo
sin saber de qué manera.
JUSEPE. Eso, defunta... de muerte.
HERODES. Con que murió!
REBECA. Fué una pena.
HERODES. Y la llevasteis al valle
de Eder, para darle tierra?
JUSEPE. Eso! junto á los carneros.
(Haciendo pucheros.)
HERODES. Pues bien, idos. (Si ya es muerta
inútil es que me afane
en mis terribles ideas.
Ella tal fin se propuso
desdeñando mis promesas.)
(Los dos se han retirado un poco.)
JUSEPE. (Ahora no platiques tú
que platica él.)
HERODES. Eso era
lo que queria saber;
nada mas; idos ya fuera.
REBECA. Señor, dispon de musotros.
JUSEPE. (Eso no, porque digüella.)
REBECA. (Calla, tonto, asin se dice (Yéndose.)
siempre, mas que no se sienta.)
JUSEPE. (Oye, aprieta los talones
no sea que atrás se güerva,
que ya digollao me he visto
catorce veces con esta.)

ESCENA III.

Empieza á oscurecer lentamente, de modo que cuando aparezca—RAQUEL—estén ya completamente oscuros la sala y el escenario.—HERODES.

HERODES. Muerta Raquel, ya no tengo
inquieta duda en el alma,
y recobrada la calma
en mi valor me mantengo...
Yo creo que fué ilusion
lo del niño aquel que huia,
hija de mi fantasía
turbada por la ocasion.
Si los magos no han venido
claro es que no lo encontraron;
y pues que no me avisaron
prueba de que no ha nacido.
Pero Raquel!... al morir
me echó en cara mi pasado...
y por mi presente airado
condenó mi porvenir.
Mas ella... pobre muger!
su sentencia es ilusoria...
lo que hable de mí la historia,
eso quisiera saber.
Sin embargo, me estremece
su tremenda profecía:
que muy pronto moriria!!
y dijo mas... me parece
que la estoy viendo, iracunda
por la muerte de su hijo...
antes de morir... me dijo
con voz terrible y profunda...
No me acuerdo... en su agonía
tambien se turbó de suerte...
que si me anunció la muerte

nó cuándo y cómo sería...
Me dijo... en la mente impreso
lo tengo... y no lo coordino...
¡Memoria!... que mi destino...
quebranto... penas... no es eso...
Dijo...

(El muro de la izquierda modela rápidamente la figura de RAQUEL: sale esta á la escena, y vuelve á quedar el muro como estaba.—RAQUEL con los ojos cerrados, trae túnica suelta de gasa blanca, cabello tendido, una sencilla y pequeña corona de laurel sobre las sienes y una varita de oro en la mano: se adelanta lentamente.)

ESCENA IV.

HERODES—RAQUEL.

RAQUEL. (Con acento solemne y profético.)
Tu vida de horrores
infame y aborrecida,
pronto la verás perdida
entre miseria y dolores.

HERODES. (Aterrado.)
Raquel!... mi mente se asombra!...
esas fueron sus palabras...
Raquel! vives, y aun me labras?...

RAQUEL. No soy Raquel, soy su sombra.
Oyeme;—pues iracundo,
dudando de mi sentencia,
quieres saber con vehemencia
lo que de tí dirá el mundo;
cuando ya el mal te derrumba,
para decirte tu suerte
y la cáusa de tu muerte,
me levanto de la tumba...
¿Quieres saber con empeño

cuál dice que es infalible
tu pasado?...

(RAQUEL ha avanzado lentamente hácia la pared del foro y tocando en ella con su vara, cerca de la rotonda, se transparenta súbitamente en letras grandes de fuego la palabra HORRIBLE.)

(Tocando con la vara.) Mira!

HERODES. (Apartándose aterrado.) Horrible!!

RAQUEL. No es un pasado halagüeño.
¿Quieres ver cómo tu impura
ley hace que hoy mismo llame
tu presente?... Mira!

(Vuelve á tocar aparece la palabra INFAME.)

HERODES. Infame!!

RAQUEL. No es presente de ventura.
¿Quieres saber de la historia
qué en tu porvenir ha escrito?
Pásmate y mira!

(Toca otra vez y aparece la palabra MALDITO.)

HERODES. Maldito!!

RAQUEL. No es un porvenir de gloria.

(RAQUEL vuelve á su sitio.)

Ya tienes el desengaño
de lo que fué y es tu suerte...
ahora te diré tu muerte:
morirás dentro de un año;
y en esta corta medida,
de miserias un enjambre
y gusanos, lepra y hambre
acabarán con tu vida.

HERODES. (Aterrado.)
Ah! no... que eso es inaudito!
hambre... gusanos... deshecho...
antes yo mismo en el pecho...

(Haciendo la accion de clavarse un puñal.)

horrible!... infame!... maldito!...

(Las tres palabras se estinguen rápidamente.)

RAQUEL. Aunque amagues impotente
á tu vida, será en vano
cual fué el desastre inhumano
de tanto y tanto inocente.
Que en su misterio profundo
Jesus se libró de tí,
y hoy te demuestra por mí
ya la redencion del mundo.
Vas á verla...
(Se adelanta al muro y toca en él.)

HERODES. (Queriendo contenerla.) No, Raquel,
que ya mi delirio estalla.

RAQUEL. Afuera la vil muralla
y gloria al Dios de Israel!
(Toca de nuevo con la vara.)

(Al decir RAQUEL «VAS Á VERLA,» toca con la vara en el muro y suena gran golpe de campana chinesca y cuando dice «DE ISRAEL,» se repite el golpe y transforma la decoracion.

Orquesta preparada: himno triunfal magnífico que una vez presentada toda la transformacion, se suspende un momento para dar lugar á la palabra de RAQUEL y al CORO que canta con una música melodiosa en el interior; y al concluir vuelve y sigue el himno hasta que cae el telon.

En el suelo, de rodillas, sobre nubes, ó guardando graciosas posiciones, vírgenes con arpas, cítaras, laudes y otros instrumentos análogos; y ángeles con guirnaldas, coronas, bandas y laureles: vírgenes y ángeles cantan el CORO.

Vision fantástica.—Suelo, bastidores y bambalinas son un esplendoroso arco de nubes caladas, transparentes y flotantes, salpicadas de astros luminosos de diversos tamaños.

Por ambos lados ó por escotillon, en primer

término aparecen dos grupos en fondo de nubes, de conchas ó de otro modo que produzcan gran efecto.

El primero es la puerta del Paraiso, en el momento de ser lanzados Adan y Eva por el Angel que está detrás con una espada de fuego: nuestros primeros padres se hallan envueltos en una nube que les vela hasta cerca de los hombros: sobre la puerta un gran lema con letras brillantes en que se lea—EL PECADO.

El segundo es el Diluvio, con el arca de Noé sobrenadando y prócsima á detenerse, y en ella el patriarca con la paloma en la mano: sobre este grupo que está enmedio de las tinieblas, otro gran letrero que diga—EL CASTIGO.

En grupos ascendentes por ambos lados ó del fondo y sobre nubes flotantes en 1.º, 2.º, 3.º y 4.º termino, patriarcas y reyes: los de la izquierda, teniendo cada uno en su atributo escrito el nombre: ABRAHÁN, ISAC, JACOB, MOISES, DAVID, JOSUÉ.

Los de la derecha serán profetas, que llevarán tambien escrito el nombre: ISAIAS, DANIEL, ELIAS, MIQUEAS, JEREMIAS, EZEQUIEL.

Todos estos grupos aparecerán simultáneate, mientras toca la orquesta el himno.

Por último del fondo del centro sale y se eleva en una inmensa nube de cambiantes sembrada de ángeles, flores y brillantes estrellas, el NIÑO JESUS, de pié sobre el mundo, la cruz en la mano derecha y en ella el AGNUS DEI: y en la izquierda el canastillo con todos los atributos de la Pasion: un rádio inmenso de luz Dumont envuelve esta figura, y sobre el mundo con caractéres magníficos se leerá la palabra—REDENCION.

Todas las figuras deben ser naturales, y

representados por actores y acompañamiento.

Fuera del rádio multitud de ángeles que rodean la nube del Niño: detrás nubes rojas con variados rayos de luz en que se ván elevando sucesivamente los Santos Inocentes.

Por la techumbre de este cuadro, asoman multitud de ángeles con lámparas que descienden á los lados y al centro, pendientes de gasas y flores: luces de diversos colores dán brillantéz á esta escena.

Cuando ya está presentada toda la situacion, la orquesta suspende el himno y habla RAQUEL.)

ESCENA ÚLTIMA.

RAQUEL,—HERODES—y todos los demás personages descritos.

HERODES. (Asombrado y dando pasos atrás.)
Ah!... ah!...

RAQUEL. Herodes! Mira aquí,
tú, del bien siempre enemigo,
el Pecado y el Castigo
y la Salvacion allí.
Y Dios te manda que encorbes
tu cuerpo á su poderío:
humíllate, rey impío!!
ante el Señor de los orbes.
(HERODES se vá dejando caer involuntariamente hasta quedar de rodillas.)
Y bendice la mision
con que su planta divina
huella el mundo, á que ilumina
la *Luz de la redencion.*
(RAQUEL cae tambien de rodillas: música interior al momento y coro en la escena de ángeles y vírgenes.)

CORO.

La ventura de la tierra
con el hombre
vaya en pos;
y la culpa redimida
cante siempre
«Gloria á Dios.»

(Al empezar el CORO, dos nubes que salen de la tierra envuelven lentamente las figuras de RAQUEL y HERODES; y al terminar aquel, la orquesta siguiendo la nota que quedó suspendida, continúa el himno y cae pausadamente el telon.)

FIN DEL DRAMA.

NOTAS.

Cuando alguna empresa ponga en escena esta obra, puede anunciarla, si gusta, añadiendo en los programas lo siguiente:

Cada acto tiene su título particular:—1.º **La elevacion de los pastores.**—2.º **Llegada de los magos.**—3.º **Nacimiento y adoracion de los reyes.**—4.º **La degollacion de los inocentes.**—5.º **Sentencia de Herodes y Redencion.**

En la página 33 hay esta redondilla que dice ISAC.

Ella con bondad distinta;
él implorando clemencia:
ella sufriendo paciencia;
él anciano y ella en cinta.

Debe ser sustituida en la representacion por la siguiente, cuya espresion queda al estudio del actor.

Ella con bondad distinta:
él implorando clemencia:
ella con santa paciencia:
él anciano!! y ella en cinta!!...

Aunque al principio de esta obra se dice que los versos marcados con esta señal * deben suprimirse en la representacion, queda al inteligente juicio de los directores de escena utilizarlos en todo ó parte, si creen que no han de languidecer las situaciones y por lo tanto hacerse pesadas al público.

La música de este drama pertenece á don Enrique del Pino: las empresas que gusten ponerlo en escena y adquirirla, pueden dirigirse al mismo señor, teatro de Cervantes, Málaga.

CENSURAS.

Málaga 2 Diciembre de 1862.—Puede permitirse la publicacion y representacion de este Drama, que juzgo perfecto, así en la parte religiosa y moral, como en la literaria.

DR. VICENTE TUDELA.
Canónigo Lectoral.

Obispado de Málaga.—Málaga 2 Diciembre 1862.—Por lo que á nos toca concedemos licencia para que pueda imprimirse y representarse el drama titulado HERÓDES, compuesto por don Ramon Franquelo, mediante á que de nuestra órden ha sido examinado y aprobado por el Sr. Dr. D. Vicente Tudela, Canónigo Lectoral de la Santa Iglesia Catedral, segun se espresa en la anterior censura, resultando que no tiene cosa alguna contraria al Dogma Catolico y sana moral.

P. A. de S. E. I.,
D. JUAN GARCIA Y GUERRA,
Gobernador.

Habiendo examinado este drama no hallo inconveniente en que su representacion sea autorizada.—Madrid 5 de Diciembre de 1862.

El censor de teatros,
ANTONIO FERRER DEL RIO.

Gobierno de la provincia.—Málaga.—El Ilustrísimo Sr. Subsecretario del Ministerio de la Gobernacion del Reino, con fecha 6 del actual, me dice lo que copio:

«De Real órden, comunicada por el Sr. Ministro de la Gobernacion, devuelvo á V. S., para los efectos consiguientes, la obra dramática titulada HERODES, la cual ha sido examinada por el censor especial de teatros, con cuyo dictámen, puesto en la misma, ha tenido á bien S. M. conformarse.»

Lo que traslado á V. para su conocimiento y satisfaccion, con devolucion de la obra citada.

Dios guarde á V. muchos años.—Málaga 8 Diciembre de 1862.—Antonio Guerola.—Sr. D. Ramon Franquelo.

OBRAS DRAMÁTICAS

escritas por el mismo autor.

	ACTOS.
El que se casa por todo pasa:—*verso y prosa*—en................................	1
De tal palo tal astilla:—*verso*..............	2
El alcalde de Benamocarra:—*verso*.........	1
El valiente Campuzano ó Catuja la de Ronda.—Refundicion:—*verso*............	3
El Capitan recluta:—prólogo del Corazon de un bandido:—*verso*......................	1
El corazon de un bandido:—*verso*.........	1
Treinta dias despues:—segunda parte:—*verso*..	1
El amor de un rey:—*verso*..................	1
Maria ó la flor de Estepa:—*verso*.........	4
Doña Juana la loca:—*verso*.................	6
La guirnalda:—*verso*........................	1
Dos y ninguno:—*verso*......................	1
Matias:—parodia de Macias:—*verso*.......	1
El pueblo soberano:—*verso*.................	3
La traicion de Bocanegra:—*verso*.........	2
Un secreto espantoso:—*prosa*..............	1
Los ojos de una reina:—*verso*.............	4
Atrevimiento y fortuna:—inédita:—*verso*.	3
Pluton y Proserpina: zarzuela:—*prosa y verso*..	1
La luz del Tajo:—*verso*.....................	3
De la muerte á la vida, zarzuela:—*verso*..	2
El grito español, zarzuela:—*verso*.........	1
Herodes:—*verso*..............................	5
Una promesa:—inédita:—*verso*.............	1

Se vende á 8 reales ejemplar en la administracion del Correo de Andalucia, en las librerías de D. Francisco de Moya y D. José Garcia Taboadela, y en casa de todos los corresponsales de la *Administracion lírico-dramática*.

